

# El insuperable tío

Wenceslao



Javier Rey de Sola

Valladolid 1999

Ilustraciones: M<sup>a</sup> Victoria Salcedo Munuera

- ...Es probable que recibamos allí la consigna.
- ¿Qué consigna? – Preguntó Asdrúbal.
- La que nos indicará lo que debemos hacer – respondí.

(De la novela)

Capítulo 1

Mamá dijo:

-Mañana viene vuestro tío.

- ¿El tío Wenceslao? -preguntó Carlitos.

Corría el verano. Nos habían anunciado su llegada días antes,

-Sí -respondió mamá-. Portaros bien y no le mareéis.

Nos pusimos muy contentos y salimos a la calle. Carlitos y yo nos llevamos cuatro años. Él tiene cinco,

-Le han tenido que soltar -dije-. O se ha escapado.

La última vez que vimos al tío Wenceslao fue en las fiestas de su pueblo, que era también el de mamá, en que tuvo un tropiezo que no nos explicaron y le hicieron pasar la noche en el cuartelillo. Papá dijo entonces que eso era el inicio de una vida delictiva.

Carlitos abrió los ojos como platos,

-Habrás hecho un túnel -dijo.-

O se habrá fugado por las cloacas de la cárcel. A veces los guardianes no saben que están las cloacas porque llevan mucho tiempo fuera de servicio, Antes de que a ellos les destinaran a la prisión. Pero los presos siempre las encuentran. No tienen otra cosa que hacer que descubrir la manera de escapar. Aunque puede que lo hayan soltado por buen comportamiento.

-¡Seguro que se ha escapado por las cloacas! -afirmó Carlitos.

En la plaza, la fuga del tío Wenceslao por las cloacas corrió como la pólvora.

-Eres idiota -le reproché a Carlitos-. Teníamos que mantenerlo en secreto. Seguro que la policía le persigue.

Carlitos se echó a llorar. Quiso decirles a todos que se lo había inventado.

-Si lo desmientes ahora, pensarán que es verdad.

Carlitos me miró desconsolado,

-Ya inventaremos algo -dije-. La seguridad y la vida del tío Wenceslao están en juego,

Y nos fuimos a comer porque la mañana se nos había pasado volando.

En la mesa, mamá le dio la noticia a papá.

-¿Mañana? -papá enarcó una ceja.

-¿Has hablado con el almacén? -preguntó mamá a su vez.

Papá iba a emplear al tío Wenceslao en el almacén de un amigo suyo, Mamá había insistido en esto, Según ella, en el pueblo no había ninguna perspectiva. El tío de momento viviría con nosotros.

-Espero que no me haga quedar mal -dijo papá.

-No es tan malo como crees, Jorge -dijo mamá-. Sólo necesita un poco de atención.

-¿Le persigue la policía? -preguntó Carlitos.

Papá rio.

-Su fama le precede -dijo.

Le di a Carlitos una patada por debajo de la mesa.

Posteriormente, le dije:

-Como sigas metiendo la pata, volverán a detener al tío y le condenarán a cadena perpetua.

-¿Qué es cadena perpetua? -me preguntó.

-Es cuando a uno le meten en la cárcel para siempre.

-Pues que se vuelva a escapar -solucionó Carlitos.

A él le parecía muy sencillo.

-El problema es que el tío sería reincidente -señalé.

-¿Y qué es eso?

Le expliqué que reincidente es aquel que vuelve a cometer un delito.

-Y escaparse de la cárcel es un delito. Y como ya estás dentro por uno, sumas dos delitos. Y entonces eres reincidente.

A Carlitos le pareció tremendamente injusto que la fuga de prisión fuese considerada delito.

-Y al ser reincidente -concluí-, te vigilan más. Te tienen todo el rato atado y te vigilan por una mirilla.

Carlitos se quedó muy preocupado.

-Lo mejor será que vaya disfrazado -resolvió.

-No es mala idea.

-Y que ande por sitios oscuros.

Meneé la cabeza.

-Así se puede hacer sospechoso.

-Pero si no le ven la cara..,

-Los ladrones caminan por la oscuridad. La policía lo sabe y por eso les coge.

-¿El tío Wenceslao es un ladrón?

-No ,

-Pues ¿qué es?

Medité.

-Es un estafador, Hay que ser muy inteligente para ser estafador, Son los más inteligentes de las cárceles. Más que los ladrones y que los asesinos. Y que los que asaltan trenes, Asesino puede ser cualquiera. Y ladrón. En cambio, estafador...

-Si son tan inteligentes, ¿por qué los cogen?

Reflexioné.

-No los cogen tan fácilmente. Después de cada estafa se van tan ricamente con lo que han estafado. Cuando la policía les agarra es porque ellos quieren.

-¿Y por qué quieren ir a la cárcel?

-Para disimular, Dejan que la policía piense que ha ido más lista que ellos y, mientras, planean algo gordo.

-¿Y no lo pueden planear en su casa?

-Es peor, Tendrían que preocuparse de que no los detuvieran. En la cárcel están más tranquilos. Y cuando el plan está listo, se dan a la fuga. Como el tío Wenceslao. Carlitos no perdía palabra,

-¿Ha planeado el tío algo gordo?

-Ya lo creo. Por lo menos una estafa mundial. Y ha llegado el momento de ponerla en práctica.

La cara de Carlitos se iluminó,

-¡Por eso ha huido por las cloacas!

A Carlitos le faltó tiempo para contar lo de la estafa mundial que había planeado en la cárcel el tío Wenceslao, y que si le detenían ahora le iban a encerrar para siempre por reincidente, porque escaparse de la cárcel era un delito, y le tendrían atado, alimentándose sólo a pan y agua y constantemente vigilado por una mirilla. Pero - soltó una risa hueca- no conocían al tío Wenceslao ni sabían de lo que era capaz.

Media plaza escuchó lo que dijo Carlitos.

Capítulo 2

La elaboración de los carnets fue idea suya.

Escribimos en un trozo de papel "Colaborador Secreto del tío Wenceslao", y de momento reclutamos a tres miembros. Eran de mi edad y se llamaban Jaimito, Josué y Asdrúbal. Hicieron un solemne juramento, comprometiéndose a morir entre grandes suplicios si se iban de la lengua.-Si alguno cae en manos de la policía -les instruí, debe comerse el carnet.

-¿Entero? -preguntó Asdrúbal, que era gordo.

-¿Nunca has comido papel?

-Prefiero comida -se sinceró-. Cualquier clase de comida.

-Yo sí he comido papel -dijo Jaimito, que era más bien menudo y llevaba unas gafas tan sucias que parecía mentira que viera a través de sus cristales-. Y una vez me tragué un chicle.

-¿Porque quisiste o sin darte cuenta? -Le preguntó Carlitos.

-No me acuerdo.

-¿Te pasó algo? -se interesó Josué, el más alto de todos.

-Nada. O puede que estuviera a punto de morirme, pero me salvé.

Quedó resuelto lo de tragarnos el carnet si éramos detenidos.

-¿Y si nos lo descubren en casa? -volvió a preguntar Asdrúbal.

-Si sigues poniendo pegas -le amenacé-, es que no vas a valer.

Nadie insistió. Entonces hablamos de las funciones que nos corresponderían.

-Si vemos algo raro -dijo Carlitos-, lo comunicaremos al resto.

-¿Algo raro? -preguntó Jaimito-. ¿Como qué?

-Una persona disfrazada, por ejemplo.

-A la gente disfrazada no se la conoce -dijo Asdrúbal-. La gente se disfraza precisamente para eso.

-A veces se olvidan de un detalle -dije-. Se disfrazan de vagabundos, por ejemplo, y no se acuerdan de cambiarse de zapatos. Y van por ahí con los zapatos limpios.

¿Quién ha visto un vagabundo con los zapatos relucientes?

El que lo vea puede estar seguro de que es alguien disfrazado.

-O llevan un anillo de oro -dijo Carlitos-, porque no se lo han podido quitar al haberles engordado los dedos de la mano.

-También -admití-. Aunque en este caso pueden ser vagabundos de verdad. Pueden llevar una fortuna en anillos y estarse muriendo de hambre, porque no se van a cortar los dedos con un cuchillo.

-En una película que yo vi -dijo Josué-, le cortaron el dedo a un cadáver para quitarle un anillo.

Discutimos sobre si a los muertos les salía sangre al cortarles o no. Concluimos en que dependía del tiempo que llevaran muertos.

Pasamos por delante de una obra que estaba vigilada por un perro, aunque el perro no vigilaba nada y se venía con nosotros cada vez que le dejábamos salir arrancando una tabla de la puerta. Tuve una idea.

-El perro será nuestra mascota -dije.

Nos le llevamos. El perro enloquecía de contento cuando veníamos a por él. Saltaba a nuestro alrededor y nos mordía y arañaba las piernas.

-Deberíamos entrenarle -recomendó Josué.

Cogí una piedra del suelo y se la enseñé a la mascota.

-¡Tráela! -ordené, tirándola bien lejos.

El perro se alejó velozmente y husmeó en un vertedero donde había caído la piedra. Regresó de vacío, moviendo el rabo.

-No va a servir -dijo Jaimito.

-Le falta práctica -dije, cogiendo otra piedra y poniéndosela al animal en el hocico para que la oliera-, . ¡A por ella! -y volví a arrojarla.

La piedra golpeó el capó de una furgoneta de reparto, haciendo salir de una tienda de ultramarinos a su dueño. Tuvimos que salir corriendo.

-Será una buena mascota -jadeé en cuanto estuvimos a salvo.

El perro nos había seguido, gozando de la aventura.

¿Los perros pueden ir a la cárcel? -preguntó Carlitos.

-Más bien no. ¿Por qué?

-Lo digo por si vuelven a detener al tío Wenceslao.

Le gustaría tener una mascota en la cárcel.

-Nuestra misión -dije severo- es impedir que el tío Wenceslao vuelva a la cárcel. Además, un perro en la cárcel no sirve de nada.

-Puede descubrir un túnel -dijo Asdrúbal.

-Es mejor que desenmascare a los agentes disfrazados.

¿Quién nos dice que ese hombre de la gorra -señalé a uno que venía en nuestra dirección con las manos en los bolsillos- no es alguien disfrazado?

Se le quedaron mirando absortos. El hombre llegó a nuestra altura y continuó andando.

-¡Seguro que va disfrazado! -se excitó Carlitos.

Le seguimos, El hombre no reparó en que cinco niños y un perro no le quitábamos ojo. Entró en un bar. Atisbamos el interior a través de los cristales. El de la gorra bebía un vaso de vino.

-Probablemente -dije- sea un agente citándose con un contacto.

Carlitos pretendió introducir al perro en el bar para que éste hiciera su trabajo. El perro se negó en redondo y el propietario del bar nos pegó un grito.



Volvimos a escapar. Nos refugiamos en un portal. Asdrúbal protestaba de tanta carrera.

-Hemos corrido un gran peligro -aseguré.

-El del bar es amigo del de la gorra -dijo Josué-. No sería raro que intentaran liquidarnos.

Sacamos la conclusión de que el barrio estaba infestado de elementos hostiles. Se hacía de noche.

-¡Mirad! -avisó Jaimito.



El de la gorra caminaba a lo largo de una acera de edificios destartalados. Fuimos, a prudente distancia, detrás de él. El perro le mordisqueaba los zapatos a Carlitos.

De repente, el de la gorra, volviéndose, se abalanzó hacia nosotros con los brazos abiertos y ululando. El perro lanzó una serie de ladridos entrecortados y retrocedió con el rabo entre las piernas, desapareciendo entre unos árboles. Los colaboradores emprendimos la carrera más veloz de nuestras vidas. Oímos una carcajada a nuestras espaldas.

Asdrúbal, que se quedó rezagado, nos alcanzó pasado un rato, cuando nos detuvimos a descansar junto a un kiosco. Aseguró que casi había muerto derrengado, y que para eso prefería hacerlo sin fatiga a manos del asesino de la gorra o de cualquier otro. Le dijimos que lo que le pasaba es que era gordo, y él replicó que en su familia todos lo eran y que así ocurría desde hacía muchas generaciones. Se enfadó y quiso borrarse de Colaborador, pero le convencimos para que lo siguiera siendo, aunque corriera menos.

La mascota regresó por sus propios medios a la obra, como comprobamos antes de ir a casa, Admiramos su sentido de la orientación, que compensaba otras deficiencias que habíamos observado.

Capítulo 3

El tío Wenceslao se presentó con una desvencijada maleta de cartón, el pantalón atado con una cuerda y un sombrero ladeado en la cabeza. Su rostro exhibía un incipiente bigote.

-¡Cómo habéis crecido! -se asombró.

Dio un beso a mamá, y a papá le palmeó la espalda, Le dijo que le encontraba más gordo.

-Se nota que no tienes preocupaciones.

-Las de un padre de familia -respondió papá, y con esto quería decir que él no estafaba y que llevaba una vida de lo más aburrida.

Charlaron sobre el pueblo, y el tío dijo que de allí había que salir a escape. Carlitos y yo nos miramos.

-Aquello se hunde -dijo el tío-. El que puede toma las de Villadiego.

-Tú has huido -le dijo Carlitos, encendido de admiración.

El tío se rio. -¡Ya lo creo! Y no pienso volver así me maten.

- No te matarán - le prometí.

- Aquí estarás a salvo - dijo Carlitos.

-¿A salvo? ¡Naturalmente! - nos guiñó un ojo -. Tendréis un arsenal por si vienen los bandidos. ¡Pam, pam.'

- Simuló disparar con el dedo.

El tío se inclinó sobre su maleta.

- Os he traído un regalo.

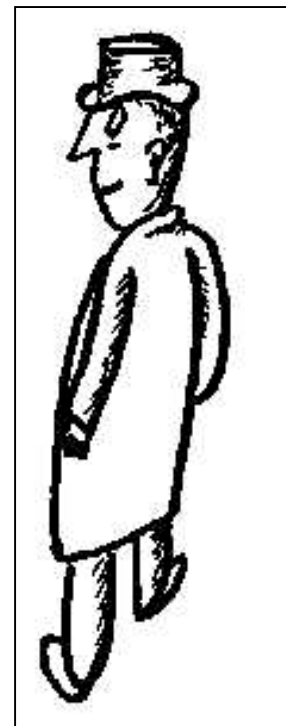
Era un libro con la historia de Roma y de los romanos.

- Buen libro - sentenció papá, siempre atento a lo que pueda resultarnos instructivo.

- ¡Menudos eran los romanos! - dijo el tío -. Conquistaron medio mundo. Y no lo conquistaron entero porque no sabían que existía América.

Riéndose, nos contó cuando el emperador Calígula nombró cónsul a su caballo, y que él había estado presente en la ceremonia.

-¿Y sabéis lo de Rómulo y Remo? - continuó, tronchado de risa -. Yo les conocí de mayores. Recién nacidos, les abandonó su madre, y entonces los crió una loba. Y al



crecer fundaron el Imperio.

- Eso no es cierto, Wenceslao - dijo papá, serio.

El tío se defendió.

- Lo adorno un poco. ¡Para que lo entiendan los niños!

- Es preferible contarlo tal cual es.

Luego, mientras mamá le enseñaba su habitación, me preguntó Carlitos:

-¿Tú crees que el tío miente?

- Lo que pasa es que habla en clave.

Le expliqué lo que significaba hablar en clave, y que Rómulo y Remo serían probablemente compañeros suyos que le ayudaban en la estafa. Discutimos si deberíamos decirle lo de los Colaboradores.

- Mejor no – dije -. Nuestra atención tiene que ser secreta. Ayudarle sin que lo sepa. Muchas veces el tío escapará de un peligro y no sabrá que habrá sido gracias a nosotros.

A Carlitos no le hacía gracia que nuestra intervención pasara desapercibida.

- Es por su seguridad -insistí-. En cuanto haga la estafa se lo diremos.

Carlitos aceptó a regañadientes.

Papá llamó al tío Wenceslao a su despacho. Cerraron la puerta, pero teníamos un dispositivo mediante el cual podíamos escuchar lo que se hablaba. El dispositivo era un agujero en el tabique por el que pasaba el cable de la antena de televisión antes de que lo hicieran entrar por otro sitio. Por el agujero metíamos el canuto de un embudo que le habíamos sustraído a mamá de la cocina, y ya podíamos escuchar tranquilamente. Casi nunca habíamos oído nada de importancia, porque papá solía sentarse solo en su despacho, y estando solo no hablaba, como es natural al no ser loco ni trastornado

Papá le decía al tío Wenceslao que le había encontrado un puesto de vigilante nocturno en un almacén. Al tío no parecía gustarle, pues dijo que la noche se había hecho para dormir. Papá le informó que lo único que tendría que hacer sería estar sentado mano sobre mano en una silla y que podría dar las cabezadas que quisiera. De vez en cuando, recorrería el almacén con una linterna. Papá insistió en que era el trabajo más descansado que podía inventarse.

El tío, sin grandes palabras, aceptó.

Salieron del despacho.

## ~~El insuperable~~ tío Wenceslao

El tío ya no se reía tanto. Carlitos y yo supusimos que se estaría preguntando si el trabajo en el almacén sería compatible con la ejecución del Plan Mundial.

Carlitos sintió la necesidad de tranquilizarle. Contraviniendo lo que acabábamos de acordar acerca de no informarle de momento de la existencia y función de los Colaboradores, se le aproximó y le dijo:

- Tú sigue con el Plan Mundial. Jorge, yo y los Colaboradores te ayudaremos en secreto. Y también Rómulo y Remo. Y si nos detienen nos tragaremos el carnet.

- Carlitos dio media vuelta y se despidió muy colorado.

El tío no supo qué decir.



CAPÍTULO 4

Informé a los Colaboradores:

-El tío Wenceslao va a trabajar de vigilante nocturno en un almacén. Estará sentado en una silla y, al menor ruido, se levantará.,.

-¿Tiene pistola? -preguntó Josué.

-Le darán una linterna. Y una pistola, claro. El tío Wenceslao no es tan tonto de estar de noche en un almacén, rodeado de enemigos...

-Estará mano sobre mano -dijo Carlitos-. No tendrá otra cosa que hacer que planear la estafa.

- Y defenderse si le atacan -agregué,

El tío dormía durante el día y se acostaba cuando nos levantábamos a desayunar, Nos acompañaba durante la comida y luego se echaba una siesta. Por la tarde, salía a dar una vuelta. Regresaba para cenar y, seguidamente, se dirigía al almacén. Estaba poco hablador y no le apetecía contarnos de Roma ni de los romanos.

-Mamá dice que le hacen trabajar mucho -comentó Carlitos.

Papá opinaba lo contrario.

-Ojalá pudiera estar yo como él en la oficina sin dar golpe –decía.

Una noche, el tío no se presentó al trabajo. Salió como si se encaminara al almacén, pero no llegó a entrar. Lo supimos a la mañana, y papá se enfadó enormemente. Oímos por el dispositivo -aunque en realidad no hacía falta porque hablaban muy alto- que el tío Wenceslao había faltado a su palabra comprometiendo a papá. El tío objetó haberse encontrado con unos amigos y que, charlando, le dieron las tantas. Tuvo vergüenza de presentarse tan tarde, y se paseó por las calles desiertas hasta que se hizo de día.

Ya no hizo falta que volviera al almacén, Papá tenía un humor de perros y no le hablaba. Mamá mediaba entre los dos. Carlitos y yo convinimos en que el tío había cumplido su misión nocturna, fuera ésta la que fuese, teniendo además la suerte de no dejar allí el pellejo, como le contaba él mismo a mamá cuando papá no estaba en casa.

Referimos el asunto a los Colaboradores.

-Menos mal que ha escapado con vida -se impresionaron.

Días después, nos topamos de frente por la calle al tío Wenceslao, a quien

acompañaban dos amigos.

-¡Hola, chicos! -saludó el tío-. ¿A tomar el vermut?

Carlitos, que no quitaba ojo a sus amigos, le preguntó de sopetón si eran Rómulo y Remo. El tío se echó a reír de buena gana.

-¡Pues claro! -reconoció-, Éste es Rómulo y éste es Remo.

Sus amigos corearon las risas. Nos separamos.

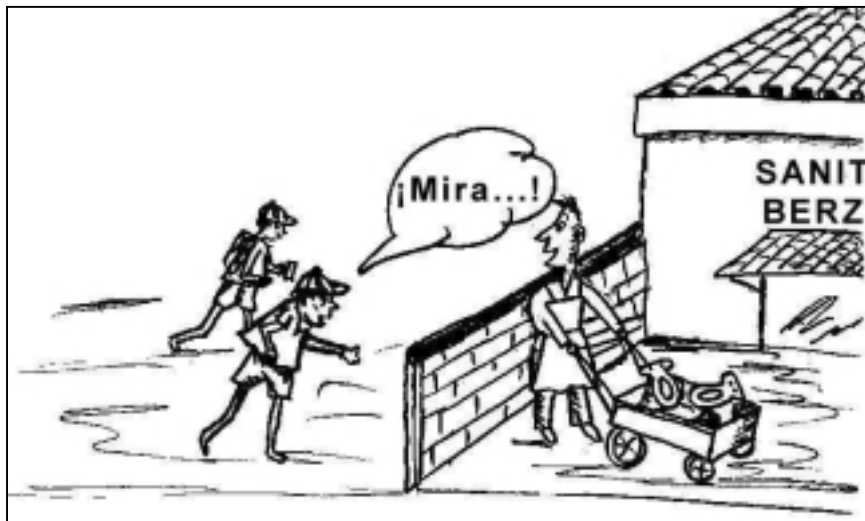
-¡Rómulo y Remo! -se admiró Carlitos.

-Su madre les abandonó -expliqué a los Colaboradores, que no les perdieron de vista hasta que doblaron la esquina-. Les alimentó una loba y luego fundaron el Imperio -chasqué los labios-. ¡Tener unos hijos que iban a ser mundiales de la estafa y abandonarles!

Censuraron fuertemente el hecho.

-Ahora son uña y carne con el tío Wenceslao. Darían su vida por él sin rechistar.

El que sí rechistaba era papá, que se esforzaba por encontrarle otro trabajo. Y como papá consigue siempre lo que se propone, logró colocarle de mozo en un lugar



llamado Sanitarios Berzosa, esta vez de día. El que el tío figurara de mozo, siendo adulto, no nos lo explicábamos, a no ser que fuera por confundir a la policía.

Los Colaboradores se enteraron por su cuenta de su nuevo destino, pues le descubrieron antes de que les pudiéramos informar.

-Hemos visto al tío Wenceslao con un mandil –refirió Asdrúbal .

-Llevaba retretes en un carretillo -dijo Jaimito.

-No parecía estafador ni nada -añadió Josué.

Me reí con suficiencia.

-Claro -admití-, ¿Creéis que si pareciera estafador lo iban a tener ahí? ¿Sabéis lo que es Sanitarios Berzosa?

No sabían.

-Sanitarios Berzosa -bajé la voz- es un centro secreto para estafar a la gente. El tío Wenceslao está de incógnito, Berzosa es su hombre de confianza.

-¿El que siempre está a la puerta con las manos en los bolsillos y fumando un puro?

-preguntó Jaimito.

-El mismo.

-Mamá ha dicho alguna vez -dijo Josué- que Berzosa montó el negocio con un dinero que le dejó su tía.

-¡Su tía! -mascullé-, Sanitarios Berzosa está fundado con el dinero de una estafa, y Berzosa es un pez gordo en todo el mundo. ¿A que no sabe eso tu madre?

-No -reconoció Josué.

Insistí en que Berzosa era uno de los grandes y tenía puestos todos esos retretes para disimular, y que el tío se ponía el mandil para disimular también, pero que ambos eran unos estafadores de tomo y lomo. Los que se dedicaban a la estafa los conocían bien, Berzosa había mandado despachar a más de uno y el tío Wenceslao era igualmente sanguinario. Había que tener cuidado con ellos.

Los Colaboradores, incluido Carlitos, me escucharon con la boca abierta.

El nuevo destino del tío Wenceslao fue rápidamente conocido por niños de todas las edades. Corrió asimismo la voz de que entre ambos se habían cargado a mucha gente. Algunos lo quisieron poner en duda, pues aunque del tío Wenceslao no tenían más que las referencias que les dimos, conocían bien a Berzosa, quien llevaba muchos años radicado en el barrio.

Yo repetía hasta la saciedad:

-Precisamente por eso no despierta sospechas, Su negocio es una tapadera.

-¿Qué es una tapadera? -preguntó un niño pequeño.

-Lo que tapa -respondió otro, no sin lógica.

-Tonterías -le contradije-, Una tapadera es un negocio que se monta para ocultar el verdadero, que está perseguido por la ley.

-Como el de Berzosa -señaló Jaimito.

-Berzosa no está perseguido por la ley -apuntó otro.

-Claro que no -dije-. Porque tiene una tapadera.

-El tío Wenceslao sí está perseguido por la ley -dijo Carlitos-, Acaba de escaparse de la cárcel por las cloacas. El otro día lo intentaron asesinar en un almacén, y se salvó por los pelos. Ahora va a hacer una estafa mundial.

Hubo un silencio.

-¿Y le va a ayudar Berzosa?

-Para eso montó la tapadera -respondió Carlitos.

-¿Y quién es el jefe? ¿Berzosa o él? -preguntaron.

-En el edificio pone Sanitarios Berzosa -describí-.

Y Berzosa figura como jefe. Pero el cerebro es el tío Wenceslao.

-Yo le he visto -intervino otro- con una bañera a las espaldas.

-¿Lo veis? -dije.

-¿El qué?

Suspiré,

-Lo bien que funciona la tapadera.

-Eso no es una tapadera -negó uno de los mayores-.

Es un buen negocio. Lo dice mi padre.

-¡Por supuesto que es un buen negocio! -exclamé-. De lo contrario, la tapadera se vendría abajo.



Asdrúbal llevaba un rato hurgando en sus bolsillos.

En lugar de regaliz o caramelos, que siempre tenía en abundancia, sacó todo arrugado el carnet de Colaborador del tío Wenceslao. Los otros Colaboradores le imitaron.

-¡Mirad! -esgrimieron triunfantes.

Por encima de los respectivos nombres, leyeron el epígrafe:

-Colaborador Secreto Del tío Wenceslao.

los más reacios señalaron:

-Eso lo habéis hecho vosotros.

Terminé explotando.

-¡Claro que lo hemos hecho nosotros!. ¡Los carnets no crecen en los árboles! ¡Habrá que confeccionarlos! ¡Con-fec-cio-nar-los! -silabeé, porque comprendí que la palabra les había impresionado-. Ha sido necesario pasar pruebas muy severas para obtener este carnet.

El argumento hizo mella. Varios mostraron su disposición a pasar las mismas pruebas para ingresar en la banda del tío Wenceslao, con el correspondiente carnet.

-Esto es algo que no se puede decidir a la ligera -respondí.

Y como siempre tiene que haber un aguafiestas, el mismo que había afirmado que lo de Berzosa sólo era un buen negocio preguntó:

-¿Están firmados?

Me pilló de sorpresa.

-¿Firmados?

-Los carnets.

-¿Cómo van a estar firmados? -pregunté a mi vez,

-Todos los carnets llevan una firma. De la policía o de un ministro.

-¡La policía! -me burlé-. Estaría bueno que firmara la policía.

-Entonces el tío Wenceslao. Y Berzosa -añadió malévolo,

Era preciso tener en cuenta lo que decía.

-Estos carnets también irán firmados -prometí-. Hasta ahora no ha sido posible dada la rapidez con que se han sucedido los acontecimientos. La fuga de la cárcel y el intento de asesinato del tío Wenceslao...

-¿Firmarán Berzosa y el tío Wenceslao? -insistió el mismo.

-Firmarán.

-Si falsificáis las firmas nos daremos cuenta -advirtieron.

Los Colaboradores quedaron desmoralizados. Opinaban que, por razones familiares, conseguir la firma del tío Wenceslao sería fácil. El problema lo planteaba Berzosa.

-Al tener la tapadera no querrá firmar -titubeó Josué-. Podrían descubrirle.

Desdeñé la posibilidad.

Esa misma noche, el tío estampó las cinco firmas.

-¿Autógrafos? -sonrió-. Yo también los coleccionaba de niño.

Papá y mamá se extrañaron un poco de que no les solicitáramos su firma.

A la mañana, devolvimos el pringoso carnet a cada Colaborador.

-¿Pone tío Wenceslao? -preguntó Jaimito, acercándose a las gafas.

-Eres tonto -le dije-. Pone Wenceslao Rodríguez, que es su nombre.

A Berzosa lo encontramos apoyado en la pared, fumando un puro. Le conté lo de los autógrafos y él, haciéndonos pasar a su despacho, cogió una pluma y firmó al lado del tío Wenceslao. Nos regaló a cada uno un llavero con un retrete pequeño. -

Nada, chicos. Que juntéis muchas firmas -nos despidió amable.



Enseñamos los carnets a todo el mundo. La mayoría quedó convencida. Pero el mismo incrédulo de siempre dijo:

-Eso no quiere decir nada. Han firmado porque os conocen.

Me mostré dispuesto a hacer lo que quisieran con tal de disipar definitivamente cualquier duda.

-Berzosa es el brazo derecho del tío Wenceslao, ¿no?

Dije que sí.

-O sea, que en realidad es vuestro jefe.

Un poco a mi pesar, lo admití.

-Entonces, saludale llamándole jefe o algo así.

Nos dirigimos de nuevo donde Berzosa. Éste hablaba con un cliente. Me acerqué a él con las manos en los bolsillos mientras los otros observaban.

-¡Hola, jefe! -le saludé.

-Hola, chaval -me respondió.

Volví junto a ellos, muy ufano.

-Yo también llamo jefe a quien me da la gana -me espetó el escéptico sin dejarse convencer, a pesar de que él mismo había señalado el saludo como prueba.

-¿Y te contestan? -le desafié.

Discutíamos en cuchicheos, para que no nos oyera Berzosa. En determinado instante, el cliente, agitando un papel que tenía en la mano, dijo:

-¡Esto que me cobra usted es una estafa, amigo Berzosa!

Berzosa respondió, muy sonriente:

-Ya sabe usted que mi negocio es la estafa.

Nadie volvió a ponerme pegas.

infantil de los alrededores. Sanitarios Berzosa comenzó a ser visitado por un continuo goteo de niños de todas las edades que deseaban contemplar a Berzosa, fumándose negligentemente su puro a la puerta del negocio, y al tío Wenceslao, manejando los utensilios propios del trabajo.

Advertí muy seriamente que el que se fuera de la lengua moriría. Había agentes diseminados por las esquinas dispuestos a eliminar a quien hiciera falta. Nadie discutió la orden.

Alguien descubrió entonces en la biblioteca de su casa un libro que se titulaba "Grandes Estafadores", Lo trajo muy excitado y lo abrió por determinada página.

El propio retrato del tío Wenceslao, trajeado y con un nudo de pajarita, nos contemplaba desde un paisaje con algunos cactus. A su espalda, cruzaban de lado a lado de la foto unos raíles. Un montón de cabezas se agolpó sobre la imagen.

-Es él -confirmé, emocionado.

Leyeron el texto.

-Aquí dice que estafaba locomotoras -señalaron.

-¿Las estafaba o las robaba? -preguntó uno, cuyo padre tenía una carbonería a la que nuestras madres nos prohibían acercarnos.

-Las estafaba. Iba por los pueblos, le daban dinero para trazar la línea férrea y luego desaparecía sin dejar rastro. Ganó una fortuna.

-¿Y dónde era? -preguntó otro.

-En Estados Unidos.

-Hasta ahora no nos habíais dicho que el tío Wenceslao estafaba locomotoras -nos reprocharon.

-No podemos pasarnos el día contando lo que ha hecho el tío Wenceslao -repliqué-, No terminaríamos nunca. El tío Wenceslao ha estafado todo lo que podáis imaginar. Ya de niño estafaba en el colegio. No pasaba una hora sin que estafara a alguien. Si andamos contando las estafas que ha realizado el tío Wenceslao, no haríamos otra cosa. Ni siquiera dormiríamos. Y la policía podría seguirle las huellas, pues muchas estafas permanecen secretas hasta el día de hoy, y no es cuestión de que nosotros le descubramos. Le volverían a meter en la cárcel -hice una pausa-. Aunque daría igual, porque en seguida se escaparía.

-¿Por las cloacas?

-O por el tejado. Por cualquier sitio.

Hubo un breve silencio durante el cual volvieron a estudiar la foto.

-Se le parece y no se le parece -dijeron.

-Tened en cuenta que ha pasado tiempo desde lo de las locomotoras

-Aquí pone que lo hizo -leyó el dueño del libro -en mil ochocientos... ¡caray, hace un montón de años....!

-Lleva infinidad de años estafando -aseguré-. Ha estafado en los cinco continentes.

-Fijaros qué ropa lleva -dijo uno que tenía los pelos de punta y que jamás conseguía peinárselos-. Es antigua.

-Esa ropa la tiene en el armario -dije-. En cada operación se viste de una manera.

-Cuando llegó a casa -dijo Carlitos- se ataba el pantalón con una cuerda. Papá le tuvo que dar un cinturón.

Era verdad.

-Es la cuerda que utiliza para fugarse -revelé-. Se creen que le sirve para sujetarse los pantalones y, en el momento que menos piensan, se descuelga por ella hasta la calle.

-Ya tiene que ser larga esa cuerda -señaló el que se había mostrado tan receloso con los carnets, y que no había vuelto a decir nada.

-Varios kilómetros -afirmé tranquilamente-, Es una cuerda especial. Hubo exclamaciones de asombro.

Volvimos al libro. Su propietario se mostraba muy orgulloso.

-Nos has hecho un valioso servicio -pronuncié-. Pero recuerda que tanto el libro como lo que aquí se ha hablado es confidencial. Recordadlo todos.

Asintieron.

-¿Quién más viene en el libro? -quisieron saber.

Pasé rápidamente las hojas con el pulgar

-Otros estafadores -dije con desgana-. No digo que no tuvieran su mérito, pero han muerto ya. No fueron suficientemente listos. El único superviviente es el tío Wenceslao.

-Eso significa que tiene más de cien años -el incrédulo, que había estado haciendo cálculos, volvió a la carga.

Le miré. Recorrí con la vista las caras expectantes.

-Os asombraríais si os dijera su verdadera edad.

-Dínoslo -pidieron.

Guardé un silencio calculado.

-No puedo cargaros con una revelación tan sensacional. La mayoría no podría resistirlo. Os vería caer muertos a mis pies.

-¿Qué edad tiene? -insistió aquél de malos modos.

Hice un gesto resignado.

-¿De verdad queréis saberlo? Está bien... Pero no me considero responsable de lo que os pase. El tío Wenceslao tiene... ¡casi doscientos años!

Hubo un alboroto indescriptible. Los propios Colaboradores se quedaron de piedra.

-¡Eso es una mentira como una casa!. -gritó el otro, descompuesto.

-Os avisé -dije-, Sabía que no me creeríais. Afortunadamente, no habéis muerto de la impresión.

Cuando se calmaron un poco, les conté que el tío Wenceslao había obtenido en una de sus correrías el secreto de la larga vida, aunque esto no significaba que fuera inmortal. Tuvo que pelear duramente para conseguirlo, pero los resultados estaban a la vista.

-¡Es la patraña más gorda que he oído en toda mi vida! -exclamó el que no se creía nada, aunque se lo demostraran una y otra vez .

Se marchó haciendo grandes aspavientos.

Disponíamos del perro en menos ocasiones de las que hubiéramos querido, ya que teníamos que esperar a que los obreros dejaran el trabajo para que pudiéramos liberar a la mascota. Y como el animal permanecía encerrado todo el día, el tiempo que pasaba con nosotros no dejaba de darnos lametones, mordernos los zapatos y arañarnos y correr alocadamente arriba y abajo de la calle.



-Este perro necesita un duro entrenamiento -dijo Josué, que era partidario de someterle a un curso completo de habilidades.

-Tiene un gran sentido de la orientación -expuse- Sería capaz de orientarse en pleno desierto o en la selva. Es lo más importante en un perro mascota.

Carlitos fue de mi opinión.

-Es lo único que sabe hacer -manifestó Jaimito.

-Todavía no ha sido puesto a prueba -dije-. Cuando llegue un momento de verdadera dificultad...

-¿A qué llamas tú un momento de verdadera dificultad?

-preguntó Asdrúbal, a quien el perro le disputaba un trozo de chocolate.

Un momento de estos tuvo lugar a los pocos días, en que el perro no se encontraba con nosotros.

Una mañana en que montábamos guardia frente a sus almacenes, salió Berzosa gritando como un energúmeno a lo largo de la calle. Nos dispersamos.

-¡Malditos niños! -mascullaba-. ¡Estafador....! ¡Estafador yo...!

Añadió que él era honrado a carta cabal, que había trabajado desde niño y que todo se lo debía a su esfuerzo.

Nos reagrupamos fuera de su alcance.



-Decía que él no había estafado en su vida -repitió un testigo en cuanto recuperó la respiración.

-Y que iba a denunciar a nuestros padres -agregó otro.

Los allí presentes se estremecieron.

-Eso dijo -confirmó un tercero-. Y que pediría daños y perjuicios.

Uno de los pequeños quiso saber qué eran daños y perjuicios. Le ignoramos.

-Parece mentira -dije, adoptando una actitud de absoluta calma.

-Parece mentira ¿qué?

Aguardé unos instantes antes de responder.

-Digo que parece mentira.

Se impacientaron.

-¿Quieres decir de una vez lo que parece mentira?

-Lo diré si dejáis de interrumpirme.

-No te interrumpimos.

-Acabas de hacerlo.

-No lo he hecho.



-Sí lo has hecho.

Levanté los brazos con ademán desesperado.

-Estoy intentando explicaros lo que significa todo este asunto, y no hacéis otra cosa que interrumpirme con preguntas que no vienen a cuento.

Se apaciguaron.

-Sólo te estamos pidiendo que nos lo cuentes.

-Está bien -admití-. Decía que parece mentira que a las primeras de cambio os asustéis. Y sólo porque nos pueden meter en la cárcel.

Se asustaron.

-¿Y por qué nos van a meter en la cárcel?

-No he dicho que "vayan" -corregí-, he dicho que "pueden" meternos.

-No hemos hecho nada -lloriqueó un niño de tres años.

-Pertenece a una asociación mundial de estafadores – dije -.La estafa está perseguida por la ley.-

Nosotros no hemos estafado a nadie.

-Y además no somos Colaboradores -prosiguió otro-. Vosotros sí sois Colaboradores. Tenéis carnet.

Se oyeron más voces en este sentido. La brecha entre Colaboradores y no Colaboradores se ampliaba.

-Sin embargo, sois cómplices -manifesté-. La complicidad está igualmente castigada. A veces más. Nosotros podemos haber obrado empujados por la necesidad, mientras que vosotros...

Sus conocimientos legales no eran muy sólidos. Se quedaron indecisos.

Vi la necesidad de tranquilizarlos.

-Os explicaré la situación. Lo que ha hecho Berzosa no es más que un engaño para la policía. En realidad era una actuación porque le estaban vigilando.

-¿Y si se lo cuenta a nuestros padres? -preguntó alguien, centrándose en un aspecto concreto y previsible del episodio.

La pregunta interesó masivamente.

-No sabemos hasta qué punto Berzosa tendrá necesidad de seguir actuando...

-reconocí con cautela.

El que siempre ponía pegas expresó:

-¡Estamos hartos de tu tío Wenceslao!

Carlitos le quiso pegar, pero se lo impedimos.

-Así que estás hartos -me le encaré.

-Sí.

-¿Y por qué, si puede saberse?

-Todo esto me parece una pamplina -nos retó.

Le contemplé con lástima.

-De modo que te parece una pamplina.

-Acabo de decirlo.

La situación era delicada. Los reunidos nos miraban alternativamente a ambos.

-¿Sabes lo que pienso? -manifesté después de un rato-. Que tienes miedo.

-¿Miedo? -adoptó un tono de desprecio.

-Miedo -repetí.

La palabra caló rápidamente. Los que habían manifestado antes reserva o encogimiento comenzaron a reírse. Aquel se sintió vejado por las burlas.

-¡Me voy! -dijo furioso-. Y no pienso volver -advirtió.

-Eres el primer desertor en nuestras filas -dije solemne.

-¡Valiente tontería!

Carlitos consiguió darle una patada en la espinilla.

El desertor huyó y, desde lejos, nos insultó lo que quiso.

Pasado un minuto, dije:

-Espero que nadie quiera seguir su triste camino. A partir de ahora tendrá que vivir siempre escondiéndose, como una comadreja, o como una rata. Y en el momento menos pensado, cuando se sienta seguro...

Ni siquiera parpadeaban, de impresionados que estaban.

-¡Yo no voy a desertar nunca! -afirmó con vehemencia el pequeño de tres años que había llorado.

-¡Ni yo!.

En su totalidad, siguieron esta línea.

-Confío en vosotros -dije benévolo-. En cuanto a Berzosa y su magnífica actuación...

-¿Va a actuar también el tío Wenceslao? -preguntaron.

Pensé lo que el tío contaría sobre Berzosa.

-Quizá tengamos pronto una actuación -les avisé,

Capítulo 8

El que en realidad siguió actuando fue Berzosa. Al entrar en casa a la hora de comer, nos le encontramos en el vestíbulo, en compañía del tío Wenceslao y de papá.

-¡Aquí están los granujas! -exclamó Berzosa.

El tío Wenceslao nos guiñó un ojo. Papá estaba tremendamente serio. Salió mamá. Berzosa se adelantó.

-Quiero que me digáis una cosa -exigió-. ¿Habéis ido diciendo por ahí que soy un estafador?

-No pueden haber dicho tal cosa -nos disculpó mamá.

-Contestad -dijo papá.

Permanecimos en silencio, Carlitos estaba ceñudo y con los labios apretados.

-¿Lo habéis dicho, o no? -insistió Berzosa.

-Tonterías de chicos -el tío Wenceslao nos quiso ayudar.

-¿Tonterías de chicos? -Berzosa se puso furibundo-. ¡Pues hay que saber que a mí estas tonterías me cuestan dinero! ¡Trabaja como un negro, créate una reputación, para que luego vengan unos mocosos a decir que lo único que hago es estafar!

-Usted lo dijo -afirmó Carlitos.

Berzosa abrió la boca. Si hubiera tenido el puro se habría caído.

-¿Cómo?

-Que usted lo dijo -repitió Carlitos.

-Es verdad -confirmé-. Lo oímos todos.

Berzosa se puso colorado como un cangrejo. Se dirigió a papá.

-Don Jorge -suplicó-, usted me conoce desde hace mucho tiempo, ¿Soy acaso un estafador? ¿Tengo cara de ello?

-No puede tener cara de estafador, porque entonces lo sabría la policía -siguió Carlitos.

-Y lo metería en la cárcel -añadí.

-Lo que tiene es una tapadera.

Berzosa tragó saliva,

-¿Una qué?

-Una tapadera -repetimos Carlitos y yo a la vez.

El tío Wenceslao vio que la cosa se ponía fea.

-Vamos, chicos -dijo.

Mamá intervino.

-No puede tener en cuenta lo que dicen, Berzosa. Son niños.

Berzosa la miró con la cara desencajada.

-¡Si a mí me da lo mismo lo que dicen estos niños!

Pero no puedo permitir que me arruinen la fama que me he creado con mi esfuerzo.

Admití en el trabajo a Wenceslao atendiendo a las indicaciones de ustedes. No tuve inconveniente. Ahora me hacen bromas por la calle, mis proveedores se burlan. Los clientes medio creen que estoy fichado por la policía...

-No lo está -dijo Carlitos, -¡Hombre, gracias!- dijo Berzosa con sarcasmo.-El tío Wenceslao, sí -siguió Carlitos-. El tío Wenceslao viene en el libro.

El aludido parpadeó perplejo.

-¿Qué libro?

Carlitos le miró con intención.

-El que cuenta lo que hiciste con los ferrocarriles. En Estados Unidos.

Papá intentaba comprender.

-¡A ver, a ver...!

-¡Y es el jefe del Plan Mundial! - finalizó Carlitos con aire de triunfo.

Berzosa se sentó. Mamá se retorció las manos, nerviosa, y papá observaba alternativamente a unos y otros. El tío Wenceslao tenía una expresión curiosa.

-Lo único que entiendo -dijo Berzosa, abatido- es que se dice de mí que soy un estafador...

-¡Lo es! -corroboró Carlitos, y Berzosa dio un bote en la silla.

-Don Jorge -gimoteó éste-. No es sólo por mi negocio. Pero saben que estoy delicado...

Mamá le ofreció un vaso de agua.

Berzosa se enjugó la cara con un pañuelo.

-No es agua lo que necesito en estos momentos.

Nos castigaron sin postre y sin propina un tiempo indefinido. Lo de la propina fue real, pero el postre nos lo llevaba mamá a la habitación en cuanto terminábamos de comer. Pienso que papá hacía la vista gorda. Recibimos también una severa reprimenda. Papá nos intimó a que no nos acercáramos ni a un kilómetro de

Sanitarios Berzosa. Dijo además que hablaría con los padres de los otros niños. Pero como no conocía demasiado a los padres y tampoco iba a estarles visitando casa por casa, porque no tenía tiempo y tendría que dejar de trabajar para hacerlo, y si dejaba de trabajar no ganaría dinero y nos moriríamos de hambre, no habló con ninguno. Siguió trabajando como siempre, y sólo por las mañanas, antes de ir a la oficina, nos recomendaba sensatez. Nosotros le prometíamos que seríamos sensatos.

-¿Se puede ser sensato y apoyar al tío Wenceslao?

-me preguntó Carlitos,

-Es precisamente eso lo que signiñca ser sensato -respondí.

Proseguimos con el Plan Mundial. El tío Wenceslao continuó en Sanitarios Berzosa, porque, como había dicho mamá, esgrimiendo el argumento idóneo, no tenía nada que ver con las travesuras de unos niños, aunque algunos fueran sus sobrinos, Berzosa aceptó a regañadientes. Dijo que sentiría tener que despedir al tío Wenceslao. Esto último lo contamos en una reunión.

-Es que el tío Wenceslao es muy valioso -asegué.

Teníamos el libro abierto por su foto.

-De todas formas -agregué-, el tío Wenceslao desaparecerá en cuanto cumpla el Plan.

-¿y cuándo será? -preguntaron.

-Pronto.

-¿Y a dónde irá?

-A cualquier parte del mundo en que sean necesarios sus esfuerzos -respondí.

-¿A Estados Unidos?

-Allí todavía lo buscan. Probablemente se dirija a otro lugar.

Mencionaron varios sitios.

-Sabremos lo que hace y dónde está por los periódicos.

-¿Y si está en misión secreta?

-Recibiremos un mensaje suyo -les tranquilicé.

-¿Por telégrafo?

-Por telégrafo -convine.

-¿Y si lo cortan? -preguntó ansioso un pequeño.

-Pueden cortarlo -admití-. De hecho, es casi seguro que lo corten. Pero el tío

Wenceslao encontrará la manera se transmitirnos el mensaje. Es un hombre de recursos, no lo olvidéis. Probablemente utilice palomas mensajeras.

Nos enzarzamos en una larga discusión sobre palomas mensajeras.

Como no nos podíamos acercar a Sanitarios Berzosa porque papá nos lo había prohibido, y además Berzosa se ponía a gritar cada vez que veía a uno de nosotros, dejamos de espiar el lugar de operaciones del tío Wenceslao. En lugar de esto, y adaptándonos forzosamente al horario y asueto de los trabajadores de la obra, nos pusimos a entrenar a la mascota. Josué era partidario encendido de la idea.

-Le enseñaremos a llevar mensajes -sugirió, pues pensábamos que podíamos de utilidad en el futuro.

En diversas ocasiones, como le pusimos el mensaje en la boca, el perro se lo comió o lo dejó inservible. Se mostró asimismo muy reacio a que se lo sujetáramos al cuello con un chicle.

-Este perro no sirve para nada manifestó uno de los que contemplaba la operación, Entré a defenderle.

-¿Te parece que no sirve para nada un perro que nos salvó de una muerte segura? - Y les conté cuando nos atacó el hombre de la gorra.

Asdrúbal expuso algún reparo.

-En realidad salió corriendo -dijo, finalizando unos cacahuets y haciendo explotar la bolsa.

-Una buena maniobra de distracción -le repliqué.

El debate no prosiguió, porque vino el Colaborador Jaimito con un trozo de periódico que había cogido de su casa.

-¡Mirad lo que pone aquí!. -y nos leyó el recorte, acercándose mucho a las gafas.

El titular decía: "La policía detiene a un sospechoso". El texto aseguraba que había sido detenido un individuo que merodeaba por los alrededores de una casa. El detenido se llamaba Remigio y tenía antecedentes.

Tuve que explicar lo que eran antecedentes.

-Como el tío Wenceslao -dije-. El tío Wenceslao tiene muchos antecedentes. Creo que hay pocos que tengan tantos como él.

Carlitos se pavoneó orgulloso.

-¿Berzosa tiene? -quisieron saber.

-Berzosa, no. Hay que haber sido detenido.

-A lo mejor no tardan en hacerlo -aventuró uno.

Desvié el tema.

-¿No os llama la atención que el sospechoso se llame Remigio?

Admitieron que no.

-Es un nombre en clave. ¿No os dais cuenta?

No se daban cuenta.

-Vamos a ver -me impacienté-. ¿Por qué letra empieza el nombre de Remigio?

-Por la erre -respondieron.

-¡Por la erre!. ¿y qué os sugiere?

Reflexionaron.

-Nada -confesaron con franqueza.

-Fijaros -expliqué-. Remigio empieza por la misma letra que Rómulo y Remo. Conocían lo de Rómulo y Remo porque se lo habíamos contado.

-¡Es verdad! - se admiraron.

-Lo que quiere decir,.. -les animé a continuar.

-¡Que Remigio es cómplice!

-¡Que Remigio es un nombre falso!

-¡En clave! Sonreí.

-Casi acertáis -hice una pausa que acentuó el dramatismo de lo que revelé a continuación-. Remigio y Rómulo y Remo son la misma persona -afirmé con sencillez.

Hubo exclamaciones de verdadero asombro, El perro lanzó un corto ladrido.

-Pero ahora le han detenido -destacó uno.

-Eso es lo que dice el periódico -manifesté-. No tiene por qué ser verdad.

-Mi padre dice que los periódicos mienten – dijo otro.

-La televisión miente también -apuntó un tercero.

-Y la radio.

-Y el cine.

-Y los periódicos -repitió alguien, distraído.

-Eso ya lo hemos dicho -le objetaron.

-Quizá no mientan siempre -maticé-. Pero en este caso no cabe duda: se trata de una intoxicación.

Preguntaron qué significaba la palabra.

-Una intoxicación -expliqué- es cuando, para engañar al enemigo.

-Yo tuve una intoxicación este verano -dijo uno de los mayores.

-¿Engañaste al enemigo? -le dijeron.

-No, me tomé una lata en mal estado.

-¿Para engañar al enemigo?

Les interrumpí.

-¿Queréis hacer el favor de dejar de decir tonterías?

La intoxicación a que me refiero es cuando se difunde algo para que la gente se confíe y haga algo que no haría de saber la verdad. ¿Comprendéis?

Dijeron que no. Lo tuve que explicar de otra manera ! y entonces ya lo entendieron.

-No nos vamos a confiar -expresaron.

-¿Y Remigio es Rómulo y Remo? -preguntó Jaimito, que al fin y al cabo nos había proporcionado la información.

-Exacto.

-¿Cuál de los dos?

Titubeé.

-Cualquiera de los dos.

-Si es uno, no puede ser el otro -dijo Asdrúbal.

Pensé antes de responder.

-Normalmente, no. Pero estamos hablando de circunstancias excepcionales.

Remigio puede ser el nombre en clave de los dos.

-El tío Wenceslao lo tiene que saber -dijo Carlitos,

-Seguro -convine.

-¿Se lo enviamos a preguntar con la mascota?

Josué movió la cabeza con pesar.

-Todavía necesita mucho más entrenamiento.

Carlitos le preguntó al tío Wenceslao:

-¿Quién es Remigio?

El tío manifestó sorpresa.

-¿Remigio?

-Empieza por la erre -apuntó Carlitos.

El tío sonrió.

-Ah, un juego -y levantó las palmas-. Me rindo.



Le dije a Carlitos:

-No puede admitir que le conoce. Peligraría su vida.

-¿La de Remigio?

-Y la del tío. Y también la nuestra. Seguro que está la casa plagada de micrófonos.

En estos momentos, están grabando nuestra conversación.

Carlitos se impresionó vivamente. Empezó a decir algo, pero se tapó la boca.

-Lo mejor es hablar con naturalidad -le susurré al oído.

En adelante, nos comunicamos en casa por escrito.

-¿Qué manía os da ahora con los papeles? -preguntó mamá.

A Carlitos le preocupó este comentario, porque poner sobre aviso a los escuchas.

Para engañarles, comenzó a dar pistas falsas en voz alta.

-Ahora -decía- me voy a sentar en una silla a una manzana.

Y hacía otra cosa completamente distinta.

O también:

-Estoy viendo cómo el tío Wenceslao mira la tele.

Y el tío Wenceslao no estaba en casa.

Mamá le miraba inquieta.

-Carlitos, ¿por qué hablas así?

Esa noche, desde la cama, oímos que mamá le decía a papá que Carlitos desvariaba. Teníamos una linterna y Carlitos escribió. "Mejor que piensen que estoy malo". ¿Papá y mamá?", escribí a mi vez, "No, Papá y mamá, no. Los que tienen puestos los micrófonos. Papá y mamá no han puesto micrófonos".

Escribí que no hacía falta que se extendiera tanto, que los estafadores y espías anotaban una o dos palabras como mucho y que ello les resultaba suficiente. Y al escribir esto me extendí demasiado.

"Ya no lo voy a hacer", escribió Carlitos, y volví a insistirle en lo mismo. "Bueno", contestó.

Papá le quitó importancia a lo de Carlitos. Mamá de momento se tranquilizó, aunque se empeñó en que había que observarle.

A Carlitos le faltó tiempo a la mañana para contar lo de los micrófonos y decir que le observaban.

-¿Pero te observa tu madre o te observan los de los micrófonos?- preguntó un chico juicioso.

El relato de Carlitos había sido algo confuso.

- Los dos – explicó -. Pero los que me observan de verdad son los que han sembrado la casa de micrófonos.

Le gustaba la expresión, que ya habíamos utilizado.

- Ser Colaborador de tu tío es arriesgado - comentó el mismo chico, con un punto de envidia.

- Lo es – confirmé -. Podemos ser asesinados. El objetivo principal es el tío Wenceslao, naturalmente, pero nadie está a salvo. Ni siquiera vosotros - me dirigí a todos en general.

Los pequeños parecían hipnotizados.

-¿Tú crees que los demás tenemos micrófonos? - preguntó uno de éstos.

- Es lo más fácil – dije -. Aunque lo lógico es que hayan puesto más en nuestra casa, porque es donde vive el tío Wenceslao. . .

-¿Y cómo podemos saber si nos escuchan?

- No podéis. Los micrófonos están muy bien ocultos. Es imposible descubrirlos.

Rebulleron excitados. Expliqué el método que seguíamos Carlitos y yo.

- Espero que hasta ahora no hayáis revelado nada importante.

Algunos manifestaron escrúpulos.

- Nos tenías que haber avisado antes - dijo el de la carbonería.

- Es cierto – admití -. Aunque cualquiera podía haberlo pensado.

Josué inició un nuevo derrotero.

- Yo tengo una trampa en casa - dijo.

Esto suscitó gran interés.

-¿Una trampa? ¿De qué clase?

- No sé de qué clase. Lo ha dicho mi padre en el desayuno.

-¿Y a qué se refería?

- Ya digo que no lo sé - repitió con enfado -. Sólo ha dicho: menuda trampa. Y que iban listos si esperaban que él muriera.

La impresión fue vivísima. Discutimos atropelladamente durante horas.

Josué refirió haber inspeccionado la casa sin descubrir la trampa.

-A lo mejor la has tenido delante de tus narices y no la has visto -le dijimos.

-Si la hubiera tenido delante, la habría visto - replicó, molesto.

-Tu padre la ha descubierto -dijo Carlitos.

Josué reconoció que su padre era muy listo, y cada uno pretendió que su padre también lo era. Se originó un debate acerca de qué padre era el más listo.

-Cada padre es listo en una cosa -aseguró uno de los chicos más sensatos.

Entonces se quiso saber en qué cosa era más importante ser listo, y sobre este punto ya no hubo acuerdo.

-¿Os queréis callar? -les dije-. Interesa saber porqué su padre tiene los labios sellados acerca de la trampa.

Josué negó que su padre tuviera los labios sellados.

-¿Y por qué no dice dónde tenéis la trampa?

-Puede que la haya desactivado -insinuó Jaimito.

-No la ha desactivado – admitió Josué – Dijo mi padre que no movería un dedo. Que iban listos si esperaban...

-Hay trampas que se activan con la voz – le interrumpió Asdrúbal -. Por eso no habla: porque teme que salte la casa por los aires.

Se rechazó de plano el argumento.

-La razón es otra -dije-. Tu padre prefiere tener la trampa a que os asesinen a tu madre o a ti.

Josué palideció.

-Le han chantajeado -concluí.

-¿Y por qué quieren chantajear a mi padre? -preguntó Josué con voz temblona.

-Por algo de su pasado -comentó Asdrúbal-. Quizá fue contrabandista de joven.

Por eso no habla: porque teme que salte la

-Tonterías -rechacé-, Le chantajean por la misma razón por la que nos pueden asesinar a nosotros: por el Plan Mundial. Aunque es probable que tu padre no sepa que es por esto. Él creerá que le han puesto una trampa por las buenas. Y mantiene la boca cerrada para protegeros -dejé que el pensamiento calara y añadí-. Tenemos como sea que entrar en tu casa.

-¿Todos? -se alarmó Josué, mirando al numeroso grupo.

-Todos, no. Llamaríamos la atención.

-A mi madre seguro que le llamaría la atención.

-No me refiero a tu madre -dije-, sino a quien pudiera estar vigilando.

Josué se mostraba reticente.

-Puede que descubra yo solo la trampa y la desactive.

Opinamos que si no la había descubierto hasta entonces era difícil que lo hiciera ya. Él replicó que los descubrimientos importantes llevaban su tiempo, y que los mejores investigadores y descubridores se tomaban a veces años hasta descubrir lo que querían.

-Y cuando lo descubren -remachó-, siempre dicen lo estúpidos que han sido por no haberse dado cuenta antes.

-Una cosa es un descubrimiento -maticé- y otra cosa es una trampa. Un descubrimiento puede esperar lo que quiera. Una trampa, no. Es un peligro demasiado grande.

Asdrúbal reiteró su idea del explosivo.

-Puede ser una bomba de relojería.

-O vas caminando y se abre el suelo a tus piés -sugirió el de los pelos de punta.

Se plantearon las más diversas hipótesis.

-¿Y si se lo dijéramos al tío Wenceslao? -preguntó Jaimito.

-¿Sabe de trampas el tío Wenceslao? -se admiró alguien.

-¿Y de bombas? -insistió Asdrúbal.

-El tío Wenceslao sabe de todo -aseguré-. Pero no le vamos a distraer de la estafa.

Preguntaron cuándo sería lo de la estafa. Les dije que pronto.

-¡Pronto! -se impacientó uno de los mayores.

-Ocurrirá antes de lo que piensas -le dije.

-¿Tú sabes cuándo?

-Más o menos.

-No lo sabes -acusó.

-Lo sé con bastante aproximación -dije.

-Pues dínoslo.

-No puedo.

-¿Por qué no?

-Es alto secreto.

-Deberíamos saberlo -apoyó otro-. Al fin y al cabo estamos ayudando.

-Es preferible que lo ignoréis -aseguré-. Os lo podrían arrancar bajo tortura.

La mayoría pretendió que no hablaría.

-No resistiríais -les disuadí-. Os inyectarían el suero de la verdad.

-Yo me taparía la boca -dijo uno.

-Estarías atado.

-Me cortarían las cuerdas con un cuchillo.

-Te lo habrían quitado.

-Lo llevaría disimulado y no sabrían que era un cuchillo. Así no me lo quitarían.

Como me estaba hartando, dije que no me daba la gana de revelar la fecha de la estafa. Volvimos entonces a centrarnos en la trampa de Josué, en la dificultad de descubrirla y en el problema de entrar en la casa sin que su madre dijera que se iba a volver loca, como decía siempre que veía a muchos niños.

Capítulo 12

Por la tarde, sentados en el portal de Josué ideando la manera de introducirnos en su casa, vimos acercarse al tío Wenceslao con dos largos tubos de saneamiento sobre el hombro. Le acompañaba un amigo, y discutimos quién podría ser hasta que llegaron a nuestra altura.

-¡Hola, chicos! -nos saludó el tío-. Veo que jugáis tranquilos -aprobó.

Y tras pronunciar alguna frase más, se despidió. Carlitos tuvo entonces un raptó de inspiración y dijo:

-¡Adiós, Remigio!

Y tanto el tío Wenceslao como su amigo se volvieron a mirarle.

Nuestra sorpresa fue mayúscula.

-¡Era Remigio! -exclamamos.

Carlitos se mostró muy ufano.

Leímos de nuevo el recorte, que llevaba Jaimito en el bolsillo. Estaba tan arrugado que prácticamente era ilegible.

-Aquí dice claramente que fue detenido por sospechoso – señalé -. O sea, que se ha tenido que escapar.

-O le han soltado -dijo Asdrúbal.

-Es posible -acepté-. En este caso, le estarán siguiendo para que les conduzca a la guarida.

-¿A qué guarida? -preguntaron.

-¿Cuál va a ser? -dije a mi vez-. Donde Berzosa.

-¿Y por qué no va la policía por su cuenta? -preguntó lógicamente alguien-. La policía sabe muy bien dónde está Berzosa.

Pensé.

-Otra posibilidad es que Remigio vaya armado.

-La policía también va armada -repuso aquél-. Le pueden pegar un tiro desde lejos.

-¡Desde un tejado! -se alzó una voz.

-¡Desde una azotea!

-¡O desde un coche!

-¡Sí, desde un coche camuflado...!

Y mientras discurríamos desde dónde podrían disparar a Remigio con ventaja,

oímos por el hueco de la escalera a la madre de Josué, pidiéndole que subiera a merendar. Él dijo que lo haría en seguida.

-¿Cómo ha sabido tu madre que estabas aquí? -le preguntamos.

-Siempre lo sabe -afirmó éste con naturalidad.

Nos reprochamos haber hablado lo que habíamos hablado, pues no existía duda de que también tenían instalados micrófonos en el portal.

-De otra manera no nos habría oído tu madre – afirmé-.

La obligan a escuchar bajo amenaza de muerte. Os tienen pillados por la trampa, Josué -le compadecí.

De repente, caímos en la cuenta de que nuestras palabras seguían siendo registradas. Me llevé el índice a los labios e impuse silencio.

-Como tendrás hambre, Josué -le amonesté-, debes subir a merendar. Si lo deseas, uno de nosotros te acompañará, y el resto aguardaremos tranquilamente en el portal sin hacer ruido ni alborotar demasiado.

Josué se quedó perplejo de que le hablara en tales términos, pero le hice gestos hasta que el cabezota comprendió que me expresaba así por los micrófonos.

-Bueno -dijo simplemente.

Carlitos se ofreció a acompañarle.

-Me quedaré sentado en una silla -prometi- hasta que meriendes la última miga.

Lo de la "última miga" era algo que solía decir mamá.

Subieron.

Mientras esperábamos, charlamos precavidamente en tono insulso. Cuando estábamos más que aburridos de hablar así, y no se nos ocurrían más cosas, y parecía que se nos desencajaba la mandíbula, volvieron a aparecer aquéllos. Carlitos también había merendado.

Salimos con sigilo del portal y descendimos la calle.

Suficientemente lejos, les interpelamos.

-¡Contad!

Josué se expresó con abatimiento.

-Según merendábamos, Carlitos pidió ir al cuarto de baño...

-¡Pero no entré! - afirmó éste-. En lugar de esto, inspeccioné las habitaciones.

-Yo las he inspeccionado mil veces -dijo Josué con sentimiento.

-¿Descubriste algo? -preguntamos a Carlitos.

-Sí -se dirigió a Josué-. Yo no sabía que tu padre tenía un juego de pesas...

La figura de su padre adquirió una nueva luz.

-Las ha usado una o dos veces -reconoció Josué, a la defensiva.

-Debería entrenarse más -aconsejé-. Puede verse envuelto en una pelea a propósito de la trampa y...

-Las pesas no tienen nada que ver. Llevan mil años en casa. Desde antes de que yo naciera.

Muy a nuestro pesar, dejamos el asunto.

-¿Algo más? -le pregunté a Carlitos.

-Miré debajo de un armario -continuó-, porque se me ocurrió que podía estar allí la trampa...

-¿La viste? -preguntamos ansiosos.

-Estaba muy oscuro.

-¿Por qué no encendiste la luz? -quise saber.

-Iba a hacerlo.

-¿Lo hiciste?

-No.

-¿Por qué no?

Carlitos se exasperó.

-¿Me dejas que lo cuente a mi manera? -y como no le respondí, siguió-. Tenía la cabeza metida debajo del armario y pensaba en encender la luz -me miró-, cuando vino su madre...

El corazón nos dio a todos un vuelco.

-Mi madre decía que dónde te habías metido -señaló Josué.

-¿Y qué pasó? -le interpelamos.

-Me preguntó su madre qué hacía en el dormitorio.

-¡No contarías lo de la trampa! -me alarmé.

-Le dije que se me había caído un duro y que había rodado debajo del armario.

-¡Qué mentira! -exclamó un niño pequeño.

-¿Se lo creyó? -preguntaron varios.

-Me ayudó a buscarlo.

-¿Y al no aparecer...?

-Sí apareció -dijo Carlitos, mostrando el duro en la palma de la mano.



Nos quedamos estupefactos,

Josué reclamó la moneda por haber aparecido en sucasa. Carlitos se negó, y ese día terminaron enfadados.

Capítulo 13

Uno de nuestros seguidores nos anunció que él y su familia se cambiaban de casa dentro del barrio. La noticia adquirió su verdadera dimensión cuando afirmé:

-Extraordinario.

El que se trasladaba replicó.

-¿Qué es lo extraordinario?

Aguardé unos instantes, antes de responder con tono lúgubre:

-Creo que tus padres huyen.

-¿Que huyen? -preguntó éste con voz chillona -. ¿Y por qué habrían de huir?

-Muy sencillo -dije-. Mira la trampa de Josué. A vosotros no os ponen una trampa, pero os están apretando las clavijas. Tenéis mucho que ocultar..., de lo contrario no saldríais huyendo con la policía en los talones.

-No tenemos la policía en los talones.

Me puse frente a él, desafiante.

-¿No? ¿Quieres que comprobemos si tenéis la policía en los talones?

El otro, algo reticente, no se opuso.

Nos encaminamos en bloque hacia su casa, de donde saldrían en los próximos días.

-¿Dónde está la policía? -me retó.

Miramos arriba y abajo de la calle. De repente, Carlitos señaló un punto y gritó:

-¡Allí!

Dirigimos la vista en la dirección indicada. Una par de policías subía lentamente por la calle.

-¡Que no nos vean! -apuró alguien.

Nos escondimos a toda velocidad tras las ruedas de un camión que estaba aparcado frente a la casa. Contuvimos la respiración.

-¿Os persiguen, o no? -le pregunté en susurros al interesado.

No respondió. Los policías se acercaban.

-Si se paran en tu casa -dijo Carlitos, adecuadamente-, es que tenéis la policía en los talones.

Los policías llegaron a la altura del portal, Remolonearon un poco, y finalmente quedaron allí plantados con las manos a la espalda.

-¡Atiza! -exclamó Asdrúbal.

El interesado se puso pálido como la Luna.

-Ahora no puedes entrar -le dijimos.

-Mi madre está dentro -se angustió-, Y mi hermana.

Tenía una hermana pequeña de dos años.

-Si entras ahora te detienen -le avisé.

Temió que cuando llegara su padre del trabajo se lo llevaran esposado.

-Quizá os detengan a todos -señaló Jaimito.

-Y os encierren en un calabozo a pan y agua – añadió el de los pelos de punta.

El aludido tenía la cara descompuesta.

-Pero no te preocupes -le tranquilicé-. Llamáramos al tío Wenceslao, Él os sacaría de la cárcel.

Habló entonces de entregarse. Había oído que los que lo hacían recibían una condena más leve.

-Que te crees tú eso -le disuadí-. Para un delito tan grande no puede haber condena leve.

-No estamos cometiendo ningún delito.

-¿Ah, no? -dije sarcástico-. Y entonces, ¿por qué nos escondemos detrás de un camión?

El hecho era tan obvio que no supo qué decir.

Los policías se movieron y continuaron su ronda calle arriba.

-Se van.

El protagonista del incidente respiró aliviado.

-No nos han detenido -dijo.

-Puede que no tarden en hacerlo -apuntó, lúgubre, Jaimito.

-¡Pero nos vamos a cambiar de casa...! – protestó el interesado.

-Servirá de poco -dije-. Os dará un respiro momentáneo. Quizá de entrada os pierdan la pista...

-O quizá no -dudó Asdrúbal, quien, abierto el apetito por el episodio, devoraba una sustancia indefinida.

Aquél estalló:

-¡Nos van a perder la pista, porque para eso nos cambiamos! ¡Y vamos a vivir en una casa donde no haya peligro, ni micrófonos, ni nada! ¡No nos vamos a pasar la vida huyendo! -concluyó.

-Es posible que os pongan una trampa como la mía - dijo Josué.

-Nadie ha visto tu trampa - negó éste, hosco.

-No tuvimos tiempo -dijo Carlitos.

-Por supuesto que tengo un trampa -defendió Josué-.

Lo dijo mi padre.

-A lo mejor tu padre miente -dijo el de la casa.

-¡Mi padre no miente!

-No quiero decir que mienta -se excusó-, sino que no se expresa bien.

Josué insistió en que su padre se expresaba perfectamente.

-Discutir no nos lleva a ningún lado -tercié-. Así no lograremos nuestro objetivo.

-¿Y cuál es nuestro objetivo? -preguntó uno que jamás hasta ahora había abierto la boca.

-¿Nuestro objetivo? -repetí extrañado-. La Estafa Mundial, naturalmente.

-¡La Estafa Mundial! -bufó con desprecio-. Me parece que eso es un cuento chino.

-¿Ah, sí? ¿Un cuento chino?

Me contestó diciendo que yo, efectivamente, era un estafador. Y cuando me enorgullecí de serlo, me replicó asegurando que no se refería al tío Wenceslao, ni al Plan Mundial, ni a Berzosa, ni a la policía, ni a ninguna de las patrañas que me había inventado, sino a que yo era estafador de nacimiento. Para no haber hablado nunca, esta vez habló hasta por los codos.

Así tuvimos nuestra segunda deserción.

-Mejor que se vaya -recomendé.

-No quisiera estar en su pellejo -dijo Carlitos.

-A partir de ahora, su vida no vale ni esto -añadió Jaimito, enseñando un trozo minúsculo de uña.

Muchos expresaron su parecer.

-Vivirá como una rata.

-Como una comadreja.

-No tendrá un momento de respiro.

-¡Y cuando menos lo espere, le asesinarán! -remachó el niño de tres años que, en la anterior ocasión, afirmó que él no desertaría.

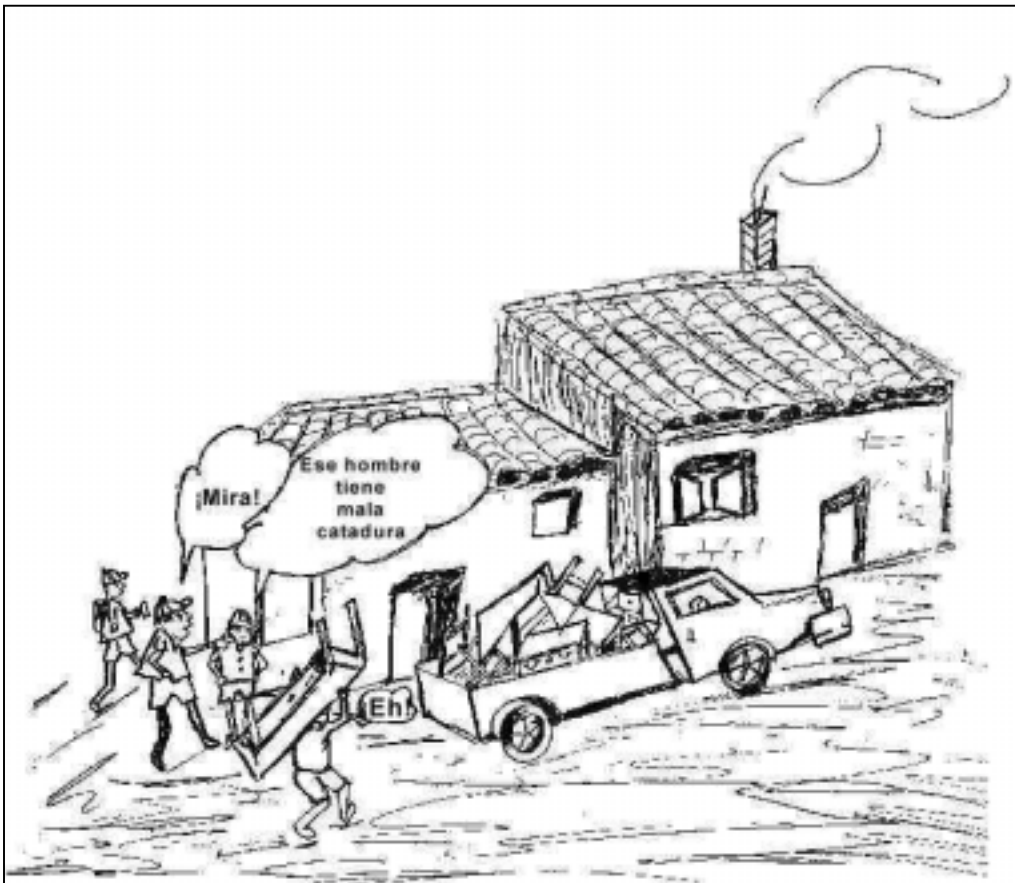
Capítulo 14

La mudanza no llevó más de tres días, durante los cuales no nos separamos del lugar. Observábamos a los implicados en la operación, según bajaban los muebles por las escaleras y los introducían en un camión.

En determinado momento dijo Carlitos, apuntando a un hombre que bajaba con esfuerzo una mesa de escritorio:

-Ese hombre tiene mala catadura.

El hombre le oyó.



-¿Mala catadura? -le dijo enrojeciendo-. ¡Te voy a arrancar las orejas!

Nos retiramos a prudente distancia.

-Hay que tener cuidado -recomendé-. Esto está plagado de infiltrados.

Carlitos se mostraba ufano de que le hubieran amenazado.

-Ese hombre te la ha jurado -añadí-. Te habrá apuntado en su lista.

-¿Qué lista? -dijeron.

-Donde apuntan al que le van a dar el pasaporte.

- ¿Qué es el pasaporte? – preguntó Carlitos.

Lo expliqué, y las caras de todos palidieron. El hombre sacó en ese momento una libreta de un bolsillo de su camisa de cuadros y escribió algo con el lápiz que extrajo de su oreja.

-¡Tu nombre! -dijimos a Carlitos.

El individuo entró luego en una cabina de teléfonos e hizo una llamada. Al salir, nos lanzó una fría mirada.

-¡Ha llamado a la mafia para que te asesinen! -dedujo uno de nosotros.

Aconsejaron huir a Carlitos, y se propuso ir cada uno a su casa y obtener provisiones para él.

-No nos precipitemos -dije-. Si Carlitos huye, le alcanzarán. Con nosotros estará protegido.

Hubo murmullos de desaprobación. Costó diluir la imagen de Carlitos corriendo por los campos y pisándole los talones una banda de forajidos.

-¿Y quién le perseguirá? -preguntó un pequeño-. ¿La policía o la mafia?

Me mantuve firme.

-Nadie le va a perseguir, porque no va a huir. En cualquier caso -respondí-, serían los dos.

-No pueden ser los dos -aseguró uno de los mayores-.

Si es la policía, no puede ser la mafia. Son enemigos.

-Pero pueden querer la misma cosa -repliqué-. Además, la policía está infiltrada en la mafia, y la mafia está infiltrada en la policía. En algunos sitios son lo mismo.

- ¿El tío Wenceslao es de la mafia? -insistió el pequeño.

Sonreí.

-El tío Wenceslao es demasiado listo para ser de la mafia. Es el jefe máximo de la más poderosa banda de estafadores que jamás haya existido. Ha tenido contactos con la mafia, como es lógico, pero ha sido para que le ayudaran. Y siempre ha terminado por engañarles.

El último día de mudanza, alcanzamos verdadero estupor al observar que uno de los camiones lo conducía el hombre de la gorra.

-¡Demonios! -exclamé-. El asunto se complica.

Quienes no le conocían le miraron fascinados.

Mientras el camión arrancaba, se acercó corriendo el que se trasladaba con su familia.

-¡Noticia bomba! -nos espetó-, ¿ Sabéis a quiénes hemos llamado para que hagan obras en la nueva casa? ¡A Sanitarios Berzosa!

El anuncio nos dejó nuevamente perplejos, pero en seguida apreciamos su lógica.

-Se trata de protegeros -dije-. Que no os pongan micrófonos, ni trampas, ni nada parecido.

Otra vuelta de tuerca la tuvimos casi ya de noche, al distinguir al tío Wenceslao charlando en un bar con el hombre de la gorra. En un primer momento, nos quedamos extrañados.

-¿No son enemigos? -preguntó el de la carbonería, pegando la nariz al cristal.

-Lo son -confirmé.

-¿Y por qué no luchan?

-Lucharán -aseguré-. Ahora se están estudiando el uno al otro.

El de la gorra se llevó la mano al bolsillo. Nos sobresaltamos, pensando que podía sacar una pistola. En su lugar, extrajo la cartera.

-¡Menos mal! -dijo Carlitos.

-Cuando llegue la hora -dije-, pelearán a dentelladas...

-Dejarán de lado esa caballerosidad -dijo Jaimito con elocuencia.

Sin embargo, la jornada nos reservaba todavía otra emoción. Apurábamos los últimos minutos antes de volver a casa, cuando nos topamos con el de la gorra al doblar una esquina. El pequeño de tres años gritó:

-¡Que nos mata!

La desbandada fue total, Dos señoras que venían de frente nos oyeron llamarle asesino y, participando de nuestra alarma, se dieron también a la fuga, saltando sobre sus tacones. La mala suerte quiso que una de ellas cayera en plancha sobre la acera y comenzara a dar voces de que la querían asesinar.

Hubo un gran alboroto, que no me pude resistir a contemplar. Aparecieron vecinos y surgieron de algún sitio dos guardias que ayudaron a la mujer a levantarse. El hombre de la gorra se había esfumado.

- Es la segunda vez que intenta una acción en plena calle – dije a los pocos que nos reunimos después de esto.

---

~~El insuperable~~ tío Wenceslao

- Y de noche – creo recordar que subrayó Asdrúbal.



Capítulo 15

Delante de la nueva casa, reflexionamos acerca de si había en ella micrófonos o trampas. Yo opiné que era pronto para saberlo, y Carlitos recomendó, por si acaso, hablar en clave. Josué dijo que era preciso escuchar con atención al cabeza de familia, por si éste manifestaba alguna reserva.

El que se trasladaba se quedó pensativo.

Por la tarde, merodeando por la obra para hacernos con el perro, pues los obreros estaban a punto de terminar el trabajo, pasó una furgoneta con un megáfono.

"El próximo sábado, día 17, tendrá lugar un acontecimiento de la mayor importancia en la ciudad. Un suceso de trascendencia mundial se desarrollará ante la mirada atónita de la ciudadanía. Actuación avalada por los más importantes periódicos del mundo".

Y repetía lo mismo una y otra vez.

Olvidados de la mascota, les llevé a todos a gar apartado de la plaza.

Me subí a un banco y les dije con solemnidad:

-Colaboradores y amigos: La Estafa Mundial del tío Wenceslao, para la que hemos estado trabajando últimamente, se efectuará, tal como acabáis de oír, el sábado 17 ante vuestra mirada atónita -tomé aire y agregué-. ¡Ahora ya sabéis la fecha!

Se quedaron de piedra.

Volvió a pasar la furgoneta.

-¿Quieres decir -fue lo primero que preguntaron - que lo que anuncian los altavoces es el Plan Mundial?

-Eso mismo.

-¿No era un Plan secreto?

-Lo es.

- Y entonces, ¿por qué lo anuncian? - insistieron.

Paseé la mirada por la concurrencia.

-Fijaros cómo lo dicen -expliqué-. Lo anuncian forma que sólo nos enteremos los que ya estamos sobre aviso. Los demás siguen sin saberlo. Es un doble juego, ¿comprendéis?

- En realidad se trata de comunicarnos la fecha - dijo el que primero lo entendió.
  - - ¡Exacto! -confirmé.
  - Pero la gente puede sospechar.
  - Casi es mejor -dije-. Así no cunde el pánico: saben que "algo" ocurrirá, pero ignoran "qué". En cierto modo, se preparan.
- Los pequeños no entendieron esto en absoluto.
- ¿Y qué pasa si cunde el pánico? -preguntó uno de ellos.
  - El pánico es lo peor que hay -les expliqué-. En las películas, cuando hay un incendio o se hunde un barco, avisan que no cunda el pánico.
  - Y también -agregó Carlitos-, lo de las mujeres y los niños?
  - ¿Por qué tienen que decir lo de las mujeres y los niños? - se irritó un chico pelirrojo
  - ¡A mí me gustaría quedarme en el incendio!
  - O hundirse uno en el barco -le apoyó otro-. El capitán se tiene que hundir siempre con el barco.
  - Siempre, no -contradijeron-. Sólo cuando el barco ya se hunde.
  - Eso he dicho.
  - No lo has dicho.
  - ¡Claro que lo he dicho! -repuso molesto-. A nadie se le ocurre que los barcos se tengan que hundir en cada travesía que hagan. Se hundirán si chocan con un iceberg...
  - O con los arrecifes.
  - O con un cachalote.
  - O si estallan.
- Les volví a conducir a lo que nos importaba.
- El día 17, en resumidas cuentas, tendremos que estar en estado de alerta.
  - Yo no voy a poder -dijo un mayor-. Ese día creo que voy de visita con mi madre.
- Le compadecemos.
- ¿No puedes decir que no?
  - Nunca puedo decir que no.
  - Entonces tendrás que trabajar donde te pille la estafa -concluí.
  - ¿Qué tendré que hacer? -quiso saber.
  - Te lo comunicaremos -dije-. ¿Alguien más tiene algo previsto para esa fecha?
  - Nadie habló-. Bien, entonces recordadlo: el sábado 17 es el día elegido. Hoy es

---

~~El insuperable~~ tío Wenceslao

lunes.

Quedan por tanto cinco días...

Capítulo 16

Martes y miércoles, la furgoneta circuló por las calles repitiendo una y otra vez lo mismo. Algunos, sobre todo los pequeños, temieron que la gente acabara identificando el auténtico mensaje y se desbaratara de alguna forma el Plan.

- Tiene que ser así -les tranquilicé-. Como si anunciaran cualquier producto. De lo contrario, muchos comenzarían a hacerse preguntas.

El pelirrojo apuntó:

- Se pueden preguntar qué es lo que anuncian.

- Ésa es la pregunta que quieren que se hagan -le respondió el que estaba a su lado-. Es una táctica publicitaria. La gente se interesa más y más, y cuando están a punto de reventar de curiosidad, la empresa va y dice lo que anuncia.

Le miramos con interés.

- ¿Cómo lo sabes?

- Mi padre trabaja en eso -dijo con modestia.

- ¿Lo veis? -dije.

Intervino otro.

- Esta mañana, mi padre se hizo una pregunta.

- ¿Una pregunta? -le interrogamos-. ¿Qué clase de pregunta?

- Dijo mi padre: "Me pregunto por qué siempre el cuarto de baño está ocupado."

- Eso no es una pregunta -dijeron.

- Claro que lo es -se defendió éste.

- Pero no tiene nada que ver con lo del sábado.

- Yo no he dicho que tuviera que ver.

Varios manifestaron que sus padres también se hacían preguntas así, que en realidad no lo eran, porque sabían perfectamente la respuesta.

- Mi padre me pregunta -dijo otro- que por qué tengo siempre las rodillas sucias, que parece que me las pinto con una brocha.

- ¿Te las pintas? -Le preguntó el de tres años.

Los desertores nos observaban desde la otra acera.

Iban juntos desde que desertaron. Les prometimos que no les haríamos nada y entonces cruzaron la calle.

Carlitos les dijo que su vida valía menos que un pepino. Otros apuntaron que eran

como una comadreja y una rata, y que pronto tendrían su merecido. Los desertores expresaron que la rata y la comadreja seríamos nosotros, y que nuestros padres nos iban a dar a todos una zurra.

Respondimos que la zurra se la daríamos nosotros a ellos. Y para evitarlo, salieron corriendo tan atolondrados que un coche estuvo a punto de atropellarlos y tuvo que dar un frenazo.

El conductor salió del coche, lívido, y agarrándoles del cuello, comenzó a gritarles.

- ¡Casi los atropella! - exclamó Carlitos.

- ¡Y ahora quiere estrangularlos! - dijo Asdrúbal.

De repente, y sin previo aviso, el de tres años se dirigió veloz a la casa de uno de los desertores, que vivía justo al lado.

Desde abajo, le voceó a su madre que un señor estaba estrangulando a su hijo. La madre, en bata y sin peinarse, lo que nos pareció raro, pues así no la habíamos visto nunca, se precipitó a la calle, encontrándose a los desertores recibiendo el rapapolvo del conductor.

Éste, al ver a la madre, les soltó. Aquélla dio unas tortas a su hijo y se enfrentó violentamente con el conductor, quien terminó introduciéndose de nuevo en el coche.

La madre golpeó la carrocería del vehículo según se ponía otra vez en marcha. Luego, se alejó con los dos desertores de la mano. Ambos lloraban.

Miramos con severidad al de tres años, y le preguntamos que para quién trabajaba. Contestó diciendo que no quería que los mataran, y que él no desertaría porque ya veía lo que les pasaba a los desertores.

Carlitos le avisó que no volviera a irse de la lengua.

Capítulo 17

Al día siguiente, Josué nos anunció que por fin había dado con la trampa. Nos sorprendió la tranquilidad con que lo dijo.

- ¿Explotó? -se ilusionó Asdrúbal.

- No.

- ¿Qué trampa era? -pregunté yo con más calma.

- No era una trampa -dijo Josué-. Mejor dicho, sí lo era.

- ¿Era o no era? -preguntamos irritados.

- Era -titubeó-. Pero no el tipo de trampa que nos figurábamos.

Parecía confuso.

- Cuéntanos -ordené.

- No era una trampa de esas en las que uno queda atrapado o muerto -relató, dando pataditas a una piedra -. En realidad, era una trampa mucho más peligrosa -levantó la cabeza-. Mi padre se refería a unos papeles...

- Serían papeles venenosos -sugirió Carlitos-. En una película, todos los que recibían una carta quedaban envenenados porque el veneno, que estaba en el sobre, les pasaba por la piel.

- No eran papeles venenosos -reconoció Josué-. Se trataba de una especie de chantaje...

- ¡Exactamente lo que yo dije! - les miré triunfante. Josué me devolvió la mirada.

- Mi padre volvió a sacar el tema anoche -siguió con cautela-. Resulta que le han hecho un seguro en el trabajo.

- ¿Qué es un seguro? -preguntó un pequeño.

Josué no se dignó contestar.

- Si se muere, le dan a mi madre dinero. Pero la trampa consiste -agregó ceñudo - en que se tiene que morir en el trabajo. Y de accidente. Si se muere en cualquier sitio, o de una muerte que no sea de accidente, no le dan el dinero a mi madre. Dijo mi padre que menuda trampa

- ¿Y si le asesinan? -preguntó Jaimito.-

- Se tiene que morir trabajando -subrayó Josué-. Dijo mi padre que no pensaba morirse de ninguna manera, y mucho menos trabajando. Dijo que iban listos si esperaban que además de deslomarse todo el día se muriera. ¡Ja!, dijo mi padre.

Alguien preguntó.

- ¿Y para qué quiere tu padre el dinero si se muere?

- Eres tonto -le dijimos-. El dinero sería para su madre y para él... suponiendo que se lo dieran.

- Eso mismo dijo mi padre -reiteró Josué-. Que estaba por ver que se lo dieran. Pero que él procuraría que no llegara el caso.

- A mi padre en cambio le gustaría -dijo otro-. Siempre está jugando a la lotería y otras cosas.

- ¿A tu padre le gustaría morirse para que le pagaran?

- Le preguntamos.

Aquél reflexionó.

- Creo que no - dijo al fin.

Quedó claro que recibir un dinero a cambio de morirse de accidente, con lo dolorosa que sería semejante muerte, y hacerlo después de haberse deslomado trabajando, como decía el padre de Josué, era una de las peores trampas que podían imaginarse.

-Una trampa mortal -dije.

Todos se mostraron de acuerdo.

-De todas formas -previne-, que tu padre se ande con ojo no le vayan a asesinar. Sobre todo si luego no le dan el dinero.

Josué nos dijo que advertiría a su padre.

- No es mala idea que se entrene con las pesas –concluí.

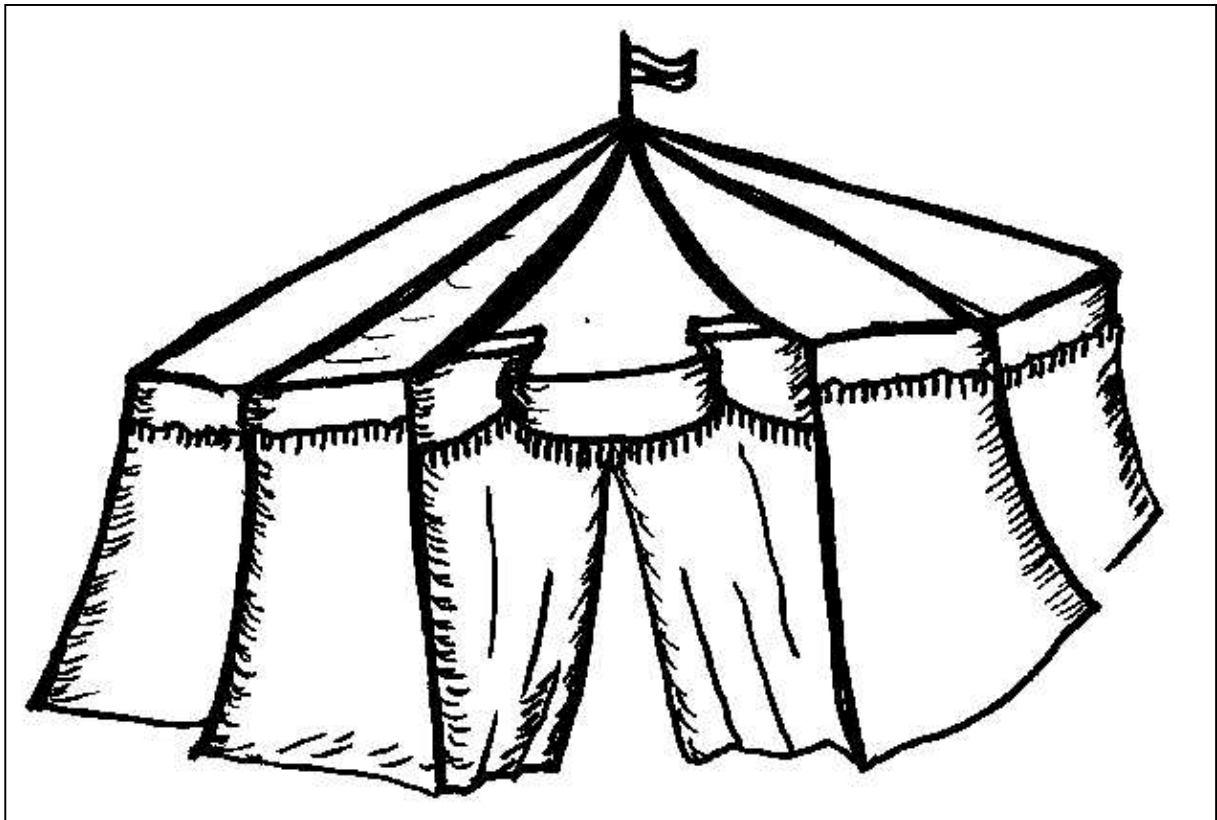
Distinguimos a lo lejos al hombre de la gorra. Corrimos.

- Pasado mañana habrá quedado neutralizado –dije.

Capítulo 18

La víspera del día de autos, como quedamos en llamar a la jornada en que el tío Wenceslao ejecutaría su estafa, de naturaleza aún desconocida para nosotros, el megáfono de la furgoneta añadió otra entrega a su mensaje.

"¡Lo nunca visto! ¡El mayor espectáculo del mundo! Después de su exitosa gira por casi todos los países, de la que se han hecho eco los rotativos más importantes, el Circo Mundial tiene el honor de presentar en esta ciudad su extraordinario plantel de artistas y payasos, trapecistas y los más arriesgados domadores, junto con auténticas y llamativas sorpresas que harán las delicias de niños y mayores. ¡Osos polares, leones del Atlas, serpientes del Amazonas...!"



La furgoneta llevaba ahora unos llamativos carteles que confirmaban lo dicho. Al llegar a nuestra altura, un puñado de papeletas salió volando por la ventanilla. Ninguno se agachó para cogerlas.



La furgoneta se alejó.

Los que allí estaban volvieron lentamente el rostro hacia mí. Su mirada expresaba decepción.

- Era eso... -musitaron.

- Un circo...

Supe lo que pensaban, y reaccioné al momento.

- ¡Qué endiablada astucia! -exclamé-. ¡No podía ser menos, tratándose del tío Wenceslao! Se extrañaron.

- ¿Qué quieres decir? -me preguntaron.

-¡Lo habéis oído tan bien como yo! -me entusiasmé-. ¡Se trata del circo!

- ¿El circo?

- ¡El Circo Mundial....! ¿Comprendéis? ¡La perfecta - tapadera!

Comenzaron a barruntar a qué me refería.

- ¿El circo es una tapadera como la de Berzosa...?

- ¡Mucho más importante! -aseguré-. El circo es la tapadera que permitirá realizar el Plan.

Recelaban.

- A mí me parece que es un circo -expresó uno.

- ¡Y lo es! -confirmé-. Es un circo de verdad... mandado venir por el tío Wenceslao. Nunca hasta ahora lo hemos visto por aquí, ¿no?

Asintieron,

- A éste, no.

- Han venido otros. Una vez vino un circo de marionetas.

- ¡Marionetas! -dije con desprecio.

- Y tiovivos.

- También viene todos los años la feria de ganado. Les interrumpí.

-Tenemos que acudir todos al circo. Hay que hacer lo imposible para que nos lleven nuestros padres. Es probable que recibamos allí la consigna.

- ¿Qué consigna? - preguntó Asdrúbal.

- La que nos indicará lo que debemos hacer -respondí.

El que tenía que ir de visita con su madre estaba furioso.

-¿Dónde estaré yo si se necesita mi ayuda? – se preguntaba-. ¡De visita con mi madre!

Prometimos considerarle como si realmente fuera al circo, pero él siguió murmurando por lo bajo.

- ¿Irá el tío Wenceslao? –preguntaron.

- Es el cerebro -y añadió-. Será el día más ocupado de su vida.

- ¿Más que cuando estafaba con las locomotoras? -preguntó uno de los pequeños.

- Mucho más -dije-. Lo de las locomotoras no es nada comparado con lo de mañana.

Me río yo de las locomotoras

-Y, en efecto, solté una risa.

Todos se rieron de las locomotoras.

- Yo tengo una pistola de fulminantes -dijo Jaimito.

- ¿Aquella que te quitó tu padre porque hacía un ruido espantoso? -le preguntó Josué.

- Sé dónde la guarda -respondió Jaimito, ceñudo.

- Llévala -ordené-. Y que cada uno vaya armado como pueda.

No quedó nadie sin decir qué llevaría. Salió a relucir un arsenal.

En pleno debate, se aproximó el tío Wenceslao. Le acompañaba el de la gorra. Iba éste a decirnos algo, cuando se le adelantó el tío:

- ¿Os habéis enterado de lo de mañana?

- Sí -dijimos todos a la vez.

El de la carbonería preguntó:

- ¿Irá usted?

- Yo no puedo faltar -respondió el tío con una sonrisa.

Uno añadió:

- ¡Estamos dispuestos a dar hasta la última gota de nuestra sangre.!

- Caray, chico -dijo el tío-. Bastará con pagar la entrada -y le hizo un guiño al de la gorra. Se marcharon.

- ¿Habéis visto? -dijo Jaimito-. Esos dos se van a destrozar mañana.

Y como ya era tarde, nos fuimos a comer.

Capítulo 19

La mañana del sábado, confirmado que iríamos todos al circo, incluso el que tenía que hacer una visita con su madre, la cual a última hora había desistido, recorrimos con la mirada vigilante las más importantes calles de la ciudad. Nos sorprendimos de la tranquilidad e indiferencia de la gente.

- Ignoran lo que ocurrirá a la tarde -decíamos.

Alguien propuso darse una vuelta por Sanitarios Berzosa.

El lugar ofrecía su imagen habitual.

-Nadie diría -comenté- que ahí dentro se fragua la operación del siglo.

Contemplábamos fascinados sus desconchados muros y la fila de retretes que se divisaba desde la calle.

Percibimos a Berzosa, con su inconfundible puro, a través de la ventana. Al reconocernos, sufrió un pequeflo estremecimiento. Depositó los papeles que tenía en la mano encima de una mesa y salió con viveza a nuestro encuentro.

- ¡Demonio de chicos! -exclamó-. ¿Qué queréis ahora?

- Sólo saber si está todo en orden -dijo, imprimiendo a mi voz un tono de solemnidad.

- ¿En orden? -masculló-. ¡Estaba en orden hasta que habéis aparecido!

- ¿Irás al circo? -pregunté.

- ¿Al circo? -repitió-. ¿Y a quién le importa si voy al circo?

- A nosotros -dijo Carlitos.

- Es usted un hombre clave -dijo Asdrúbal.

- Casi tan importante como el tío Wenceslao –añadió otro.

Berzosa mordió nerviosamente el puro y se lo pasó de un lado a otro de la boca.

- No tengo tiempo para pamplinas -dijo levantando el dedo-. Pero os advierto una cosa: ¡Estoy dispuesto a todo! ¿Entendéis ? i A todo !

- ¿Pero le veremos en el circo? -insistí.

- ¡Pues sí, señor!. -admitió-, ¡Iré con mi mujer! Creo tener derecho a un ratito de descanso. Y tendré la mayor alegría del mundo si os mantenéis lo más lejos posible! ¡Y ahora largo, que tengo trabajo!

-¡Suerte! -gritó Carlitos según nos íbamos.

Berzosa giró la cabeza y, apretando los puños, regresó a su oficina. No vimos por

ninguna parte al tío Wenceslao.

Dije, refiriéndome a Berzosa:

- Su cabeza es un hervidero en estos momentos: mantener la tapadera y procurar que el Plan triunfe...

- ¿Formará su mujer parte de la operación? –preguntó Josué.

Recordamos a la mujer de Berzosa: gorda y que charlaba por los codos.

- Lo dudo -dije-. Probablemente la llevará de coartada.

- ¿Por qué ha dicho Berzosa que nos mantengamos lejos? -quiso saber otro.

- Temerá que nos pase algo –dije.

- Quizá desee vernos en otro punto del planeta –dijo Asdrúbal-. Puede que piense que nuestra presencia es necesaria en otro sitio. En el extranjero, o qué sé yo.

- Es posible que su intención sea que crucemos la frontera,.. más adelante -supuse.

- A mí no me dejarían cruzar la frontera –manifestó un pequeño.

- No hay que descartar -dije- que en el futuro tengamos que viajar a otros países. Al Polo, al Amazonas...

- O al Atlas -dijo Carlitos, siguiendo mi razonamiento.

- ¿Al Atlas? -se extrañaron.

- Por supuesto -afirmé-. ¿No habéis oído el mensaje en clave de la furgoneta? Ya es hora de que comprendáis las cosas sin que os las tenga que explicar a cada rato.

Dijo el tío Wenceslao en la comida:

- Esta tarde, emoción a raudales -y nos guiñó un ojo-. ¿No tenéis miedo de que se escape un león?

- Eso es lo de menos -dije.

Mamá sonrió.

- ¡Lo de menos!

Continuó el tío.

-A veces ha ocurrido y se ha zampado a medio público.

Papá le siguió la corriente.

- La carne de los niños es más tierna...

- Habrá cosas más importantes -dije- que si nos come o nos deja de comer un león.

- ¡Cosas más importantes! - exclamó papá, fingiendo escándalo-. ¿Lo oyes, Wenceslao? ¿Qué te parece, Julia?

- Dejad de asustarles -dijo mamá-. Los niños se lo quieren pasar bien.

- Ya nos gustaría -dijo pesaroso.

- Claro que nos gustaría -repitió Carlitos en el mismo tono.

- ¡Vaya! -dijo papá-. Cualquiera diría que os llevamos a la fuerza...

Después de comer, nos encerramos en nuestra habitación. Por lo que pudiera pasar, habíamos quedado todos en dejar redactada nuestra última voluntad.

Escribimos que cedíamos nuestros bienes a papá y mamá, señalando especialmente que, si desaparecíamos y no nos volvía a ver, no nos buscaran, pues nos encontraríamos efectuando otra importante misión en un lugar secreto. Y que tampoco le preguntaran al tío Wenceslao, suponiendo que no hubiera desaparecido como nosotros, lo que sería más probable. En cuanto a Berzosa, si conseguía mantener la tapadera, sería inútil que intentaran sonsacarle, aunque emplearan la tortura.

- ¿Papá y mamá torturarían a Berzosa? -se interesó Carlitos.

- Ellos en persona, no. Pero habría gente dispuesta a ello.

Como destinos probables tras nuestra desaparición - y esto significaba condescender a la desesperación de nuestros padres-, apuntamos el Amazonas, el Atlas y ambos polos.

- Y Borneo -indicó Carlitos.

- ¿Por qué Borneo? -me asombré, pues nadie lo había mencionado.

Pero Carlitos insistió en que pusiera Borneo.

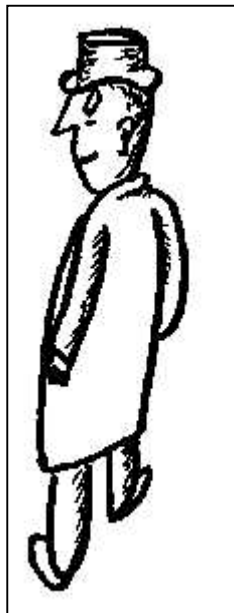
Expresar nuestra última voluntad nos llevó todo el tiempo, pues no sólo teníamos que escribir lo anterior, sino que era preciso substraerse a los micrófonos, con que también nos comunicamos entre nosotros por medio del papel. Acabamos hartos de tanto darle al lápiz, pero logramos el objetivo.

Conforme salíamos en dirección al circo, con papá, mamá y el tío Wenceslao, a Carlitos le invadió una gran preocupación. Se le ocurrió que, aparte los micrófonos, podían existir en casa cámaras ocultas, con lo cual habría quedado filmada nuestra última voluntad. Lamentó no haber escrito debajo de una manta.

Había que confiar en la suerte, como le dije. Además, ya no tenía remedio.

Capítulo 20

La carpa del circo se elevaba imponente en una nada, ocupada mayoritariamente por el público, hasta el punto de que casi no se podía dar un paso. El tío Wenceslao miraba desafiante desde debajo del sombrero, y Carlitos y yo nos sentíamos orgullosos de él. De vez en cuando, nos guiñaba un ojo.



-Esto es grande, chavales.

Papá y mamá sonreían, y en general los mayores, En cambio, los niños enterados del Plan caminábamos sombríos, conscientes de lo que nos jugábamos. Divisamos a Jaimito y a Josué. El padre de éste parecía nervioso, detalle que comuniqué a Carlitos, quien tras mirarle observó:

-No creo que te haya hecho caso con las pesas.

Asdrúbal, a cierta distancia, devoraba una gigantesca bolsa de palomitas, como si no fuera a tener una segunda oportunidad. Nos hizo un saludo y, en seguida, volvió a quedar tapado por la gente.

Nos pusimos a la cola mientras los altavoces nos animaban a contemplar "el mayor espectáculo del mundo". Banderas de todos los países tremolaban en la punta de unos mástiles erguidos frente a la carpa.

Berzosa y su mujer, que se llamaba Clotilde, nos hicieron una seña con la mano. Papá y el tío Wenceslao respondieron, y éste último prolongó el saludo un segundo más de lo necesario, circunstancia que no nos pasó desapercibida ni a Carlitos ni a

mí.

No vimos ni rastro de Rómulo y Remo, alias Remigio, ni del hombre de la gorra, Supusimos que estarían emboscados para jugar cada uno su papel en la conjura.

Nos introdujimos por una amplia entrada. Un hombre con casaca roja y sombrero de copa de colores cogía las entradas. Tenía cara de pocos amigos.

-Está preocupado -le dije a Carlitos.

No era para menos.

Sonaba la música según nos acomodábamos en los bancos. Entre el bullicioso público que rodeaba la pista, distinguimos salpicados estratégicamente a los Colaboradores y amigos. Jaimito era el que teníamos más cerca. Me pregunté si se habría hecho con la pistola de fulminantes. Como si me leyera el pensamiento, aprovechó para mostrárnosla en un momento en que su padre miró para otro lado. Carlitos y yo le sonreímos. Yo palpé las pelotitas azules que llevaba en el bolsillo que explotaban al hacer impacto. Carlitos, a su vez, disponía de algo que recibía el nombre de "carraca demoledora" y que habían retirado de los kioscos a consecuencia del sonido que producía. No sé cómo pudo procurarse una. Recordé las armas que los demás habían dicho que llevarían.

Los altavoces, con un chirrido, anunciaron que comenzaba la función. Se apagaron las luces de las gradas, quedando iluminada únicamente la pista, donde apareció de un salto un hombre de frac y con bigote. Saludó a los "queridos amiguitos" y al público adulto "que nos hace el honor de acompañarnos en esta feliz velada".

Sus palabras dieron paso al primer número de trapecistas. La verdad es que se nos pasó el tiempo sin sentir.

En el descanso, se volvieron a encender las luces, y Carlitos y yo pedimos permiso para acercarnos a nuestros amigos.

Jaimito ardía en deseos de utilizar su pistola.

-¿Cuándo nos darán la consigna? -preguntó.

Le dije que se mantuviera alerta.

Josué, debido al temor de que asesinaran a su padre, quien ignorando el peligro se reía a carcajadas con un amigo, estaba algo desmoralizado. Le puse la mano en el hombro.

-Valor... y atención a la consigna.

Asdrúbal se concentraba en sus palomitas.

-¡Ya me he comido tres bolsas! -nos informó.

Le dije lo mismo que a los otros, recomendándole que prestara menos interés a la comida.

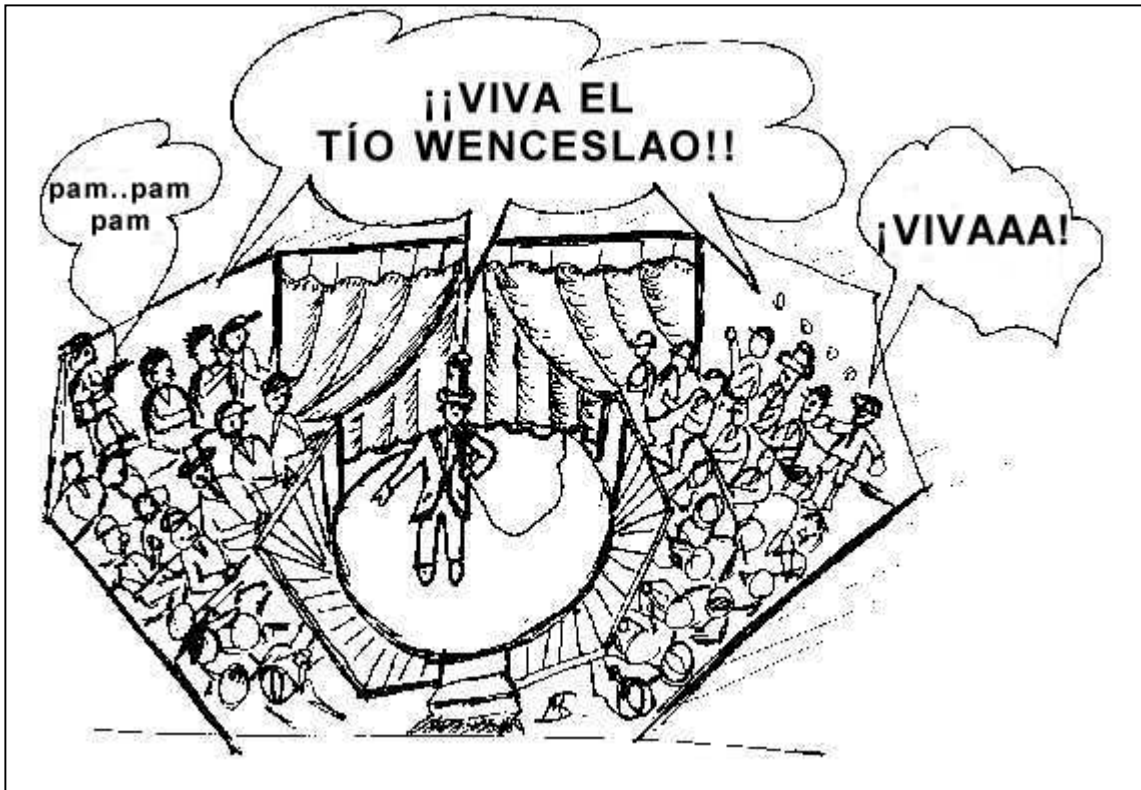
-Puedo hacerlo todo a la vez -nos dijo con la boca llena, e hizo asomar de un bolsillo el "fuelle atómico", cuyos efectos no había querido comunicarnos.

Hablamos con todo el que pudimos, haciendo parecidas observaciones. El de la carbonería me dijo:

-¿Estás seguro de que va a pasar algo?

Me reí con suficiencia.

-Ya lo creo.



El altavoz nos avisó de que volviéramos a nuestros sitios.

El de frac y bigote saltó de nuevo al centro de la pista. La oscuridad se hizo a su alrededor y él quedó iluminado por un foco.

-Ahora, distinguido público -comenzó a decir con aire de misterio, mientras nos envolvía un absoluto silencio-, va a tener lugar un suceso donde la realidad y la magia confunden. Algo que ha sido reflejado con el mayor por los corresponsales extranjeros de mayor valía... El episodio que a continuación tendréis la oportunidad



de templar alcanza hoy, en esta noble e histórica ciudad, un rango difícil de superar. No quiero dejar de decir, por más que se considere retórico, que las vidas de quienes van a intervenir en breve correrán serio peligro, y que sólo su indesmayable entrega les permitirá culminar con éxito las terribles pruebas... Seguía hablando, cuando ocurrió algo absolutamente inesperado. Carlitos, que había estado rebullendo en su tío, de repente se puso de pie en el asiento y gritó a pleno pulmón:  
-¡Viva el tío Wenceslao!

El del frac hablaba tan bajo que a Carlitos se le oyó perfectamente. El del frac titubeó.

El tío miró mecánicamente a Carlitos, y mamá giró despacio la cabeza hacia su hijo menor, sin darse cuenta todavía de que era él quien había proferido el sorprendente grito.

El presentador iba a continuar hablando, cuando Asdrúbal, desde su sitio y con la boca llena de palomitas, gritó también:

-¡Viva el tío Wenceslao! Los demás Colaboradores y muchos amigos secundaron inmediatamente el grito.

-¡Viva el tío Wenceslao!

Al estar nosotros distribuidos por las gradas, el grito prendió y pronto fue coreado por buena parte del público.

-¡Viva el tío Wenceslao!

El tío Wenceslao estaba inmóvil, muy abiertos los ojos. Papá y mamá, bien le miraban a él, bien contemplaban estupefactos a Carlitos, que pateaba con furia en el asiento, voceando la consigna. El público era una marejada.

El presentador hacía gestos con la mano.

-Mis queridos amiguitos...,distinguido público...Ahora en seguida... Tengan la bondad.

En vista de que no le resultaba, cambió de táctica.

-¡Pues bien! – dijo con una sonrisa deformada-. Yo también digo ¡Viva el tío Wenceslao! Y vivan todos los tíos, y los papás y las mamás...

El público había encontrado la manera de corearlo en un sólo grito, y sepultó la voz del hombre del bigote, el cual aún movía los labios.

Jaimito extrajo pausadamente su pistola de fulminantes y disparó. Comprendimos por qué su padre le había confiscado el arma. La detonación fue tremenda y

convulsionó a la masa del público como si cada uno la hubiera sentido junto a su oreja. Jaimito siguió disparando hasta que agotó la munición. Para entonces, su padre había vuelto a retirar la pistola de la circulación y la mayoría del público estaba de pie, desconcertado.

En ese momento, entre los vivos al tío Wenceslao y al Plan Mundial que seguían emitiendo los Colaboradores y multitud de amigos, comenzó a oírse un sonido semejante a un maullido de gato, que creció en intensidad hasta alzarse sobre los restantes ruidos. El maullido era como si les pisaran la cola a infinidad de gatos a la vez, y transmitía una sensación desoladora que se tradujo en alarma entre la gente. Era el fuelle atómico de Asdrúbal.

Algunos empezaron a buscar la salida.

La carraca demoledora de Carlitos entró ahora en funcionamiento, y papá mamá tenían una expresión de pesadilla. Mis pelotitas azules provocaban secos chasquidos entre los pies de las personas más cercanas. El de la carbonería tiraba directamente ovoides de carbón al del frac, quien optó por desaparecer tras las cortinas que tenía a sus espaldas. Algunos de los nuestros utilizaban una goma, terminada en una pequeña mano del mismo material, que efectuaba un veloz recorrido para dar una minúscula pero dolorosa bofetada a quien estaba desprevenido, tras lo que la goma volvía a poder del agresor, el cual miraba a su alrededor con aire ausente.

El estrépito, de tan variada causa, se incrementó con el llanto de niños pequeños y las angustiadas expresiones de los adultos.

Se inició el pánico propiamente dicho.

Muchos invadieron la pista, siguiendo el camino tomado por el presentador.

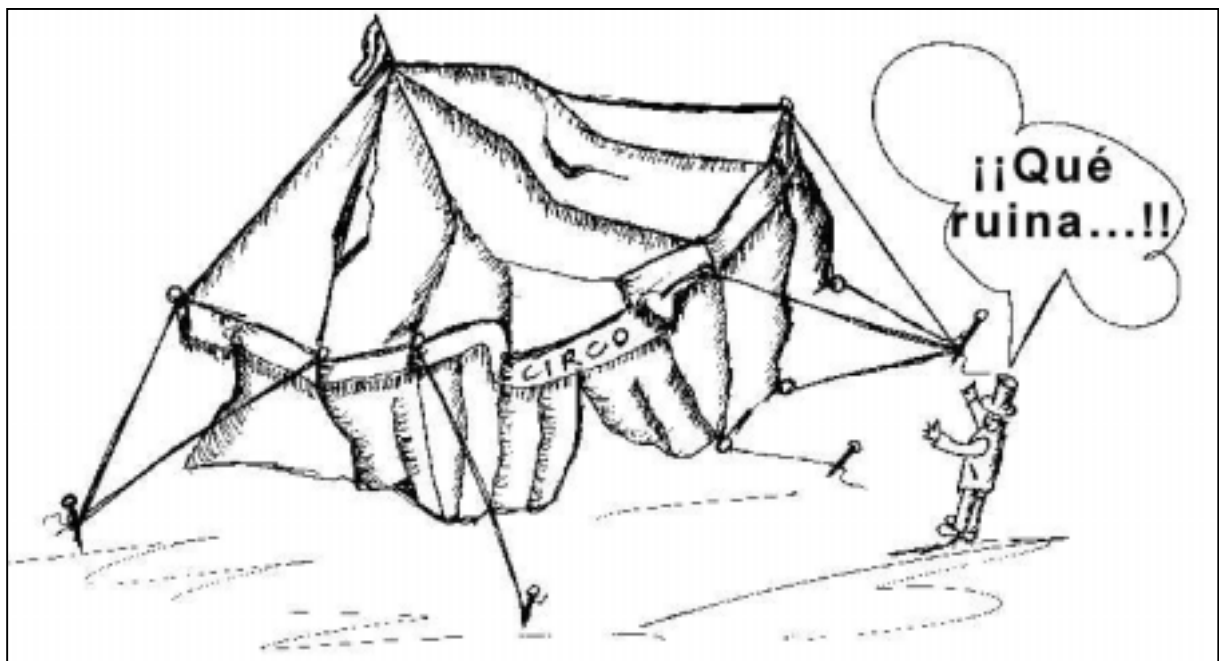
Nosotros tomamos la dirección indicada por papá, el cual, a pesar de todo, conservaba la sangre fría. Antes de abandonar las gradas, distinguimos a Berzosa dando aire con un pañuelo a su mujer. Ésta permanecía en su asiento, privada del sentido.

Alcanzamos el exterior y nos desparramamos con la muchedumbre por la explanada. Pasó a nuestro lado el padre de Jaimito, que empuñando una pistola, parecía un forajido dispuesto a pegarle un tiro a cualquiera.

Desde lejos percibimos cómo se tambaleaba toda la estructura de la carpa.

Capítulo 22

El periódico de la mañana reseñó en portada lo ocurrido. Una fotografía del circo, inclinado hacia un lado, como si lo hubiera empujado una mano de gigante, acompañaba la información. Los distintos portavoces -la policía, el jefe de bomberos, el director del circo...- discrepaban acerca de la causa que había motivado el pánico. Habría una investigación, aseguraban. De entrada, la zona permanecería acordonada y se estaba apuntalando la estructura, que corría peligro de venirse abajo. Todo el mundo consideró providencial que no se hubieran producido desgracias personales.



En casa, mamá tenía algo parecido a un ataque de nervios. Su preocupación éramos nosotros, principalmente Carlitos. Le invadía la aprensión de que se hubiera vuelto loco.

-Nunca le había visto así -decía llorosa-. Completamente desatado y moviendo esa carraca... Y Jorge lanzando bombas a la gente...

Papá no se atrevía a hacernos preguntas.

-¡Lo que no entiendo -decía- es por qué a todos les dio por vitorear a Wenceslao!

El tío Wenceslao iba y venía como una sombra. Papá y él habían discutido.

A media mañana, a pesar de que era domingo, telefoneó Berzosa. Por lo que entendimos, su mujer estaba en casa con fiebre. Al colgar, papá le dijo al tío Wenceslao:

-No hace falta que te presentes mañana. Ah, y que se alegra mucho de tu fama. Mamá se puso todavía más nerviosa.

Para colmo, Carlitos quiso empezar a vivir bajo una manta, por aquello de las cámaras ocultas. Mamá dio un grito y papá marcó ceñudo el teléfono del médico. Éste, que se llamaba don Genaro, vino en seguida. Auscultó a Carlitos y le recomendó vitaminas y reposo. A mí me echó una mirada de reojo, pero yo estaba sentado en una silla, sin hacer nada y mirando a la pared.

Estuvimos unos días sin salir de casa.

El encierro concluyó cuando Carlitos amenazó con fugarse a Borneo si no le dejaban salir a jugar con sus amigos. Después de consultar con don Genaro, se nos Concedió la libertad. Los Colaboradores y amigos nos estaban esperando.

-Creíamos que no os volveríamos a ver -dijeron.

Sonreí.

-Ha habido que atender las consecuencias de la Estafa -dije.

-¿La Estafa? -se sorprendieron.

-Me complace deciros -proseguí- que la Estafa Mundial del tío Wenceslao ha triunfado completamente.

Asistían también a la reunión los desertores.

-¿Qué quieres decir con que ha triunfado? -preguntó uno de ellos.

-Sencillamente eso -dije.

-Os tenían que haber metido a todos en la cárcel -manifestó el otro.

-Era un riesgo que corriamos -dije.

-No me refiero a la Estafa -continuó-, sino a la que preparasteis en el circo.

-Aquello entraba dentro del Plan -afirmé-. El tío Wenceslao tuvo así la cobertura... -

El tío Wenceslao no hizo nada -aseguró el primer desertor-. Estuvo sentado mientras gritaban su nombre. Mis padres también gritaron hasta que se dieron cuenta de que hacían el ridículo.

-¿El ridículo? -repuse-. Entonces, ¿todo el circo hizo el ridículo?

-Claro que sí.

Me armé me paciencia.

-Lo que ocurre es que estáis avergonzados de vuestra cobardía.

Dijo el segundo desertor:

-Este circo ya no va a venir más...

-Por supuesto. Como que no era un circo -confirmé-. Era.. .

-Ya sé lo que vas a decir que era -siguió aquél, agresivo-. Lo que queremos que digas es en qué consistió la Estafa.

Todos dirigieron sus miradas hacia mí.

-Es una buena pregunta... -comencé.

-Ya lo creo que lo es -aseguró el primero.

Cabeceé.

-No sé si estáis preparados para aceptar lo que os diga – dudé...

Los desertores aseguraron poder oír cualquier cosa, aunque también dijeron no me creerían. Les dije que, en este caso, no tenía sentido informarles. Y me replicaron que no tenía nada que contar.

Sin embargo lo diré -prometí-. Pero no por vosotros, que os mereceríais pasar el resto de vuestra vida sin saberlo. Sino por los Colaboradores y amigos, sin cuya ayuda y desinteresada entrega...

-¿Lo dices o no?

Suspiré.

-Hay aspectos que puedo revelar – informé –por lo que quizá tardemos un tiempo en conocer los pormenores. Lo que sí puedo decir es que la red ha funcionado a la perfección, que la policía no ha conseguido capturar al tío Wenceslao, a pesar de destacar contra él a los mejores agentes, y que las amenazas que pendían sobre nuestras cabezas han desaparecido en su mayor parte. En cuanto a la Estafa...

-Es lo que queremos saber -insistió desafiante el primer desertor.

-En cuanto a la Estafa -proseguí ignorándole-, se trataba de conseguir el dominio de nuestras mentes, para mandarnos encadenados a... -dudé- a Borneo y hacernos trabajar como esclavos en una plantación que tenían -hice una pausa, sudaba-. Ahora ya no hay por qué preocuparse.

No supieron qué decir. Dudaban, mirándose entre sí.

-Eso no es una estafa -protestó finalmente el segundo desertor.

-Los que pretendían eso han quedado estafados -repliqué-. con un palmo de narices. ¡Habría que haberles visto la cara!. -me reí.

-¿Tú se la has visto?

Asentí.

Quisieron conocer detalles de Borneo y de la plantación donde internarían a la población mundial con objeto de que trabajara para "ellos". Muchos centraron su interés en el modo de conseguir el dominio de la mente.

-Mi padre dice que eso ya lo hacen -informó uno.

-¿Veis? -dije-. Pues contra semejante dominio, que nos habría reducido a la esclavitud por el resto de la vida, ha sido contra lo que ha luchado victoriosamente el tío Wenceslao. Ha hecho una estafa en toda regla. Lamento no poderos dar detalles, pero todavía quedan asuntos por resolver. Cuando el tío Wenceslao, que partirá en breve hacia otro punto del planeta, como os anuncié -esa misma mañana lo habíamos sabido-, y nos envíe sus mensajes, probablemente utilizando palomas mensajeras...

Hablé largo rato y apenas me interrumpieron, ni siquiera los desertores. Me preguntaron por Berzosa, de quien dije que mantendría la tapadera, aunque su actuación no había pasado desapercibida para la policía. En el seno de ésta, se había desatado una lucha por el control a consecuencia de la actuación del tío Wenceslao, si bien todo indicaba que ganarían los leales. Rómulo y Remo tenían un papel muy activo, y parecía que iban venciendo a facinerosos como el de la gorra y sus secuaces.

Jaimito sacó del bolsillo el recorte de Remigio.

-Destruyelo -ordené, aunque casi daba igual, pues estaba tan arrugado que ya no se podía leer nada.

El propietario del libro sobre los estafadores quiso saber qué hacer con él.

-Lo puedes conservar hasta que salga la próxima edición -le dije-. Incluirá lo que no puede contarse ahora.

El tío Wenceslao tenía su maleta esperando junto a la puerta. Papá se había despedido de él antes de salir para la oficina.

-Bueno, chicos -nos dijo el tío-. Espero que me escribáis de vez en cuando...

-¡Yo te voy a escribir todos los días! -prometió Carlitos, a punto de llorar.

-Y yo -dije también.

-Me conformo con una carta al trimestre -dijo el tío.

-Cuídate, Wenceslao -dijo mamá, dándole un beso-, No se está tan mal en el

pueblo...

-Por un lado, no. Casi estoy deseando volver...

Cogió la maleta.

-Ah, me olvidaba -la volvió a poner en el suelo-. Os he comprado algo.

Sacó un paquete rectangular del bolsillo de su chaqueta.

Carlitos rasgó el envoltorio. Era un libro.

-Leed el título.

Le obedecimos.

-¡"Secretos y maravillas de Borneo"!

El tío Wenceslao nos guiñó un ojo.



-----FIN-----